

FASCISMO Y ANTI-FASCISMO: DOS CARAS DE LA MISMA MONEDA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	pág 2
LOS SOCIALDEMÓCRATAS Y LA VIOLENCIA	pág 18
LAS VÍAS QUE CONDUCEN AL NOSKISMO	pág 25
LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA	pág 29
EL FASCISMO	pág 33
EL PROGRAMA FASCISTA	pág 39
4 DE MAYO DE 1937: PLOMO, METRALLA Y CÁRCEL	pág 43
AUSCHWITZ O LA GRAN COARTADA	pág 50
RECORDANDO LA COMUNA DE VARSOVIA (1944)	pág 59
EL CADÁVER TODAVÍA CAMINA	pág 66

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL "EL COMUNISTA"
www.pcielcomunista.org
pci@pcielcomunista.org

PRESENTACIÓN

En la presente recopilación se presentan a los militantes y simpatizantes comunistas una selección de textos para la caracterización de las corrientes de la socialdemocracia, del fascismo italiano, el socialismo nacional alemán y del estalinismo: todas ellas corrientes burguesas convergentes pese a su pretensión formal de contraposición.

El primer grupo de textos, ya presentes en el texto "Comunismo y Fascismo", establecen la esencia de la socialdemocracia y del fascismo, así como su relación mutua.

En estos textos se configura un análisis detallado de la relación de la socialdemocracia con la violencia y con el fascismo, así como su carácter común de defensa del Estado burgués y del sistema capitalista contra el peligro del proletariado revolucionario comunista:

"Los socialdemócratas y la violencia"

*"Resumiendo (...), los socialdemócratas están por la violencia a condición de que ésta sirva para defender una conquista burguesa, una institución burguesa, ya que según ellos «**las instituciones democráticas constituyen el terreno indispensable para la emancipación del proletariado**». Si la violencia sirve exclusivamente al proletariado y a su acción de clase contra el régimen burgués, incluso contra las reglas constitucionales (que según nosotros son específicamente burguesas y sirven únicamente a la defensa de los intereses burgueses, en tanto que para los social-demócratas son un patrimonio social situado por encima de las clases), y sobre todo si la violencia está dirigida contra la democracia burguesa para abolirla, como la Revolución Rusa y la III Internacional nos han enseñado, entonces se convierte en algo criminal a los ojos de los social-demócratas, que lógicamente llegan a la conclusión de que contra las tendencias y los movimientos de inspiración comunista, la violencia es legítima.*

¿Por qué nuestros reformistas clásicos se oponen a la reacción violenta contra el fascismo? Porque saben que el fascismo no es en realidad un movimiento anti-democrático que tenga como fin la supresión del régimen electivo. Ven muy bien que la violencia fascista no está dirigida a suprimir la democracia burguesa, ni tan siquiera para aplastar el socialdemocratismo obrero, sino únicamente para defender el régimen democrático burgués contra los asaltos revolucionarios del proletariado. Los trabajadores comunistas se salen de los marcos de la lucha parlamentaria y

proclaman su intención de conquistar el poder por la violencia; la burguesía se organiza para oponérseles con la ayuda de las milicias fascistas, no para suprimir la democracia, sino para defenderla de nosotros, comunistas, que queremos abolirla."

"Las vías que conducen al noskismo"

"Todo aquel que admite la colaboración con la burguesía está contra las directrices revolucionarias de los comunistas; pero cualquiera que, sin llegar hasta ahí, condena el uso concreto de la violencia en la lucha de clase y se limita a los medios tácticos que le ofrecen las instituciones burguesas, hace otro tanto. La experiencia revolucionaria permite deducir que tal posición conducirá fatalmente a sus autores a renunciar a la revolución y a hacerse cómplices de la contrarrevolución."

"La función de la socialdemocracia en Italia",

"Para nosotros, no puede haber otro traspaso revolucionario del poder más que de las manos de la burguesía a las del proletariado, de tal forma que no se puede concebir otra forma de poder proletario que la dictadura de los consejos.

Hacer esta evidente constatación no lleva, sin embargo, a excluir el que la socialdemocracia ejerza o se prepare para ejercer una función incluso en los países occidentales. Los partidos socialdemócratas sostienen que la época de la democracia no ha terminado todavía, y que el proletariado podrá utilizar aún para los fines de clase las formas políticas de esta democracia. Pero como es evidente que, sobre todo en las condiciones actuales heredadas de la guerra, el proletariado no saca ningún provecho de su existencia, los socialdemócratas se ven obligados a prever y a proponer formas democráticas más perfectas y más completas según ellos, pretendiendo que el actual sistema actúa contra el proletariado únicamente porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí, todos los proyectos de instituciones nuevas sobre la base de la república, de la ampliación del derecho de voto, de supresión del Senado, de extensión de las funciones y de los derechos de los Parlamentos, y todo lo demás."

"La socialdemocracia tiene por lo tanto una función específica en este sentido, que tendrá probablemente en los países occidentales, un momento en el cual los partidos socialdemócratas irán al gobierno, solos o con los partidos burgueses. Pero allí donde el proletariado no tenga la fuerza para evitarlo, tal punto medio no representará una condición positiva, una condición necesaria para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias,

una preparación útil para el asalto revolucionario: será por el contrario una tentativa desesperada de la burguesía para privarlo de su fuerza y desviarlo, y en el caso de que le quedase a la clase obrera suficiente energía para levantarse contra el legítimo, humanitario, el buen gobierno socialdemócrata, para aplastarlo sin piedad bajo los golpes de la reacción.”

“En cuanto a las proposiciones tácticas tortuosas de comunistas que se han pasado al otro lado de la barricada, y que consisten en favorecer el acceso de los socialdemócratas al poder, no solamente estas proposiciones muestran una total incompreensión de los problemas tácticos tal como el método marxista los plantea, sino que esconden la peor de las trampas. Es necesario desatar al proletariado de los hombres y del partido destinados a cumplir la función contrarrevolucionaria de la socialdemocracia, separando de antemano las responsabilidades de la manera más decidida. Naturalmente, esto desanimará a estos hombres y a estos grupos y retrasará el momento en que ellos acepten la invitación de la burguesía para asumir el poder, pero es precisamente mejor que se resignen solamente a la última extremidad, porque entonces, esta misma maniobra será impotente para detener el proceso de descomposición del aparato del Estado burgués. Incluso si es casi seguro que la batalla final se librará contra un gobierno de ex-socialistas, nuestra tarea no es de ningún modo facilitarles el acceso al poder; sino, por el contrario, preparar al proletariado para lanzarles de buenas a primeras una declaración de guerra, en lugar de ver en ellos una promesa de tregua en la lucha de clases y una solución pacífica a los problemas de la revolución. Por lo tanto, no se podrá preparar a las masas para esto, más que a condición de haber denunciado con anterioridad ante ellas los métodos y los designios del movimiento socialdemócrata, de igual forma que sería un error colosal el parecer que se consiente una experiencia de gobierno socialista.”

“El fascismo”

“Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida, que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse por sí mismo.”

(...) A medida que el método revolucionario gana terreno en la clase obrera, y que la prepara para la lucha con un encuadramiento militar, y que la esperanza de una emancipación

*por las vías legales, es decir, con el consentimiento del Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. El hecho de que, paralelo al Estado, pero bajo su lógica protección, este partido vaya «**más rápido**» que el proletariado en armarse, se arme mejor y tome la ofensiva contra algunas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había tolerado: no se debe confundir con el nacimiento de un partido adversario del Estado en el sentido de que quisiera apoderarse de él para darle unas formas pre-liberales.*

Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en vez de destruirlo. Merced a la organización con la cual rodea la máquina del Estado oficial, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Juzgará la política democrática, e incluso social-demócrata, como la más audaz, mientras suelta a los grupos de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo.”

“El programa fascista”.

*“La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «**nueva**» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son los síntomas de la agonía.”*

(...)

“El fascismo posee una organización unitaria de una indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defenderse desesperadamente por la acción de las posiciones teorizadas desde hace tanto tiempo: he aquí por qué aparece no como un partido que aporte un nuevo programa, sino como una organización que lucha por un programa que existe desde mucho tiempo atrás, el del liberalismo burgués. (...) El fascismo pone al Estado y a su función en relación con una nueva categoría rica en un absolutismo no menos dogmático que ningún otro: la Nación. La mayúscula que había engrandecido la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra Nación. Cómo la voluntad y la solidaridad

nacionales bien podrían no ser expresiones «**históricas**» y «**democráticas**», he aquí lo que los filósofos del fascismo deberán explicarnos. Y para esto les sería necesario explicar la presunta diferencia existente entre su principio supremo, la Nación, y la real organización actual del Estado.

En realidad, el término de «**Nación**» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifiesta en el Estado. El fascismo no es más que el heredero de las nociones liberales, y su recurso al imperativo categórico de la Nación no es sino una manifestación más del embuste clásico consistente en disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante. Basta una crítica superficial para demostrar, en primer lugar, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «**categoría**» que tiene en la ideología un valor tan absoluto que aquel que ose blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... del apaleo; y en segundo lugar, que esta Nación no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria.

Muchos movimientos pequeñoburgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias –y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo– se adornan también con el epíteto «**nacional**». Sería imposible comprender cómo la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas antes que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de Nación no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía.”

Estos textos así como el cuerpo de Tesis presentado en los años 1921-26 por la Izquierda Comunista de Italia a la internacional Comunista, en medio de la lucha contra su degeneración, contenían el antídoto a la deriva “anti-fascista” que liquidó al combativo proletariado del Estado Español: la fidelidad del órgano Partido a los principios del marxismo y el rechazo de la táctica del Frente Único Político y de cualquier maniobra táctica que con vagas promesas de éxito efímero comprometiera la posibilidad de la lucha revolucionaria anti-capitalista del futuro.

A continuación damos a conocer, en lengua castellana, un artículo publicado en la revista PROMETEO nº 145 (revista publicada por la Fracción de la Izquierda Comunista Italiana en el Extranjero), con fecha

del 30 de mayo de 1937, "**Plomo, metralla y Cárcel**". Creemos que esta toma de posición recoge y puntualiza los fundamentos de los que hubieran debido ser los planteamientos marxistas en la guerra civil española y **demuestra que con la masacre obrera del 4 de mayo de 1937 en Barcelona, el gobierno del Frente Popular demostró ser tan capitalista y reaccionario como el de Franco.**

Es un hecho evidente y constatable que las tradiciones y las esencias de la dominación de la clase burguesa en el Estado español las detenta la burguesía catalana, como lo ha sido hasta nuestros días en lo referente a los enfrentamientos entre obreros y patronal.

Barcelona ha sido la primera **cuna** y el primer matadero de los experimentos y de las masacres de las luchas obreras y por las reacciones patronales. Por ello también era lógico que en Barcelona tuviese lugar el enfrentamiento de mayor nivel político y de mayor alcance histórico entre los destacamentos proletarios más combativos, más avanzados y más conscientes en 1937 (aunque políticamente no se les pueda enmarcar **en ningún marco** por su heterogeneidad y efervescencia, aunque firmasen sus escritos como "Los Amigos de Durruti") contra el gobierno capitalista del **Frente Popular**. Con la masacre del 4 de mayo de 1937 el gobierno capitalista del **Frente Popular** restauraba en la llamada zona republicana, el principio de autoridad basado en la ley y el orden social existente en febrero de 1936, léase, autoridad, ley y orden capitalista.

¿Pero cómo se llegó a la masacre de proletarios en Barcelona, organizada por el gobierno del **Frente Popular**? ¿No formaban parte de este gobierno la CNT y la FAI? ¿No eran también la CNT, la FAI y el POUM los que formaban parte del gobierno autónomo de la Generalitat de Cataluña?

Sabemos que este problema es muy complejo. Que requiere todo un estudio ligado al curso seguido por el movimiento proletario internacional desde 1848, ligado a los fundamentos tanto de la escuela del marxismo integral como de la escuela del anarquismo, para verificar y establecer en qué medida guardaban relación con el marxismo y con el anarquismo las organizaciones políticas y sindicales que influenciaban al movimiento obrero antes del 19 de Julio de 1936, y en qué medida se mantuvieron fieles a sus postulados, una vez estallada la guerra civil; apuntando por nuestra parte cuál debe ser el planteamiento marxista de la clase proletaria en la guerra civil **por la revolución social.**

Este trabajo de fondo, sobre las causas históricas y económicas españolas e internacionales que condujeron al estallido de la guerra civil, el 19 de Julio de 1936, **está pendiente**, como va a quedar pendiente un estudio a fondo sobre el curso de la guerra civil, ya que en esta nota sólo nos proponemos subrayar algunos hechos destacados que ayudaron a preparar la masacre de los proletarios de Mayo de 1937.

La crisis económica, la crisis internacional de sobreproducción de capitales y de mercancías de 1929-33 es la causa última, aunque no sea la única que impuso el advenimiento electoralero de la II República española el 4 de abril de 1930. Este advenimiento tuvo como base el PACTO DE SAN SEBASTIÁN de 1929, en cuyos acuerdos estuvieron representados hasta la UGT y la CNT.

Para comprender los hechos, es necesario escarbar bajo la apariencia y la historiografía burguesa que nos presenta a los actores de la Guerra Civil bajo el filtro deformado del "fascismo" y del "anti-fascismo" y hacer una definición precisa aunque sucinta de algunas organizaciones y de su verdadero carácter de clase:

El **Partido Socialista Obrero Español (PSOE)** se forma a finales del siglo XIX como un partido radical-republicano que buscaba la movilización del Estado capitalista español, reclamando una legislación laboral y social de respeto hacia las clases trabajadoras. El PSOE colabora con la dictadura general de Miguel Primo de Rivera entre 1924 y 1929 colocando al secretario general de la UGT, Francisco Largo Caballero, como Consejero de Trabajo del gobierno del general. Este personaje demagógico y siniestro volvería a ser ministro de trabajo de la II República. Finalmente, fue presidente del gobierno estatal desde el 4 de septiembre de 1936 hasta después de la masacre del 4 de mayo de 1937. Los estalinistas le apodaron "el Lenin Español" por el solo motivo de que iba vestido de mujer cuando le detuvo la policía en la casa donde estaba escondido, durante la huelga general de octubre de 1934, desencadenada para oponerse a la entrada de la CEDA en el gobierno de Lerroux y que produjo el estallido de la insurrección de los mineros asturianos (abandonados a su suerte por los dirigentes del PSOE, de la UGT, de CNT-FAI,...).

La actuación del PSOE en el gobierno republicano burgués la sintetiza Largo Caballero mejor que nadie: *"hemos contribuido un poco a regañadientes, pero con la lealtad a que estamos obligados, a que el Parlamento aprobase toda la legislación coactiva y restrictiva que hay en España. Legislación que irá, seguramente, contra los trabajadores; pero legislación que era necesaria para el sostenimiento del régimen. Nosotros, durante el tiempo que estuvimos en el poder tuvimos con toda seguridad más muertos por la fuerza pública que otras épocas en el mismo lapso de tiempo. Nosotros procuramos que no se produjesen huelgas que consiguiesen trastornar la economía del país. Claro está que no podíamos cortarlas todas"* (citado por el socialdemócrata Antonio Jutglar, en "Ideologías y Clases en la España Contemporánea" vol 2, p. 246). Esta fue la línea antimarxista y anti-proletaria de los dirigentes del PSOE y UGT desde finales del siglo XIX, tanto desde la oposición como desde el gobierno.

El **Partido Comunista Español (PCE)**, desde su fundación en 1920-21, siguió teorizando y practicando las peores tradiciones del PSOE como radical-republicanos. Para este partido, que nació burgués por su programa táctico, en el Estado español lo que estaba a la orden del día era la revolución burguesa, poniendo al PCE al servicio de las fuerzas que se planteasen actuar en esa dirección. De aquí el lógico apoyo del PCE al gobierno del **Frente Popular** que se forma con la victoria electoral del 16 de febrero de 1936 y hasta el final de la guerra en 1939.

Ni antes ni durante la guerra defendió, el PCE, la **revolución social anticapitalista**. Por lo tanto, no se les puede acusar de haber traicionado la revolución social porque siempre estuvieron en contra de la misma. Se les debe acusar de haber actuado contra los intereses proletarios, de haber intentado desviar las luchas genuinamente obreras hacia los postulados de las burguesías nacionales, ya reaccionarios en 1920 como en 1936 en el Estado español. A los estalinistas del PCE, como al estalinismo mundial, se les debe acusar de defender los postulados económicos y sociales de la clase burguesa:

"En esta lucha en defensa de la República democrática, el Partido Comunista de España está en primera fila (...). Queremos vivir en paz con todos los pueblos del mundo. Defendemos las más puras esencias de la democracia, luchamos por que los obreros tengan un salario remunerador (...); luchamos porque los campesinos tengan la tierra suficiente para poder vivir. Queremos el bienestar para todo el pueblo, y nosotros sabemos que esto es posible dentro de nuestra República democrática..." (31-08-1936, José Díaz, Secretario general del PCE en: **Tres años de lucha**, pp. 232-33).

Y unas páginas más adelante (p. 272) establecían lo que sigue en plena guerra civil:

"El campesino y el trabajador de la tierra en general, tienen derecho a disponer libremente de su producción y nadie está autorizado para confiscarla".

"Y lo que decimos de los campesinos lo decimos en general, de todos los pequeños comerciantes, de todos los modestos industriales, de todos los pequeños productores, de todos los que -industriales o comerciantes- no sean enemigos de la República y del pueblo. Sus bienes y sus vidas deben ser y serán respetados dentro de la República democrática, porque la esencia de ésta es el respeto y la protección de cuanto forma parte del pueblo..."

Esta fue siempre la filosofía anticomunista del PCE, antes, durante y después de la guerra civil. Esta es la filosofía y la estrategia del actual PCE, del estalinismo en general y de su taparrabos electoral, Izquierda Unida. Nunca lucharon por la abolición de la esclavitud del trabajo asalariado, sino por un salario un poco más elevado, es decir, por la

perpetuación del sistema capitalista con la república democrática.

Con estos planteamientos programáticos y tácticos, ni en 1936, ni en 1976, ni en 1997 se les puede colgar el título o el honor de traidores al marxismo, puesto que siempre fueron antimarxistas. Se les debe acusar de haber reprimido y masacrado a la clase obrera en revuelta como lo hicieron todos los burgueses de todos los países para "*defender sus Repúblicas democráticas*", para defender los bienes y las vías de los industriales y de los comerciantes, españoles o extranjeros, ya que la esencia de la República democrática "*es el respeto y la protección*" de los negocios y de la explotación capitalista.

Desde el momento en que los obreros defendiesen los propios intereses inmediatos en un modo clasista, chocarían frontalmente con los defensores de cualquier República democrática, no importa que esos defensores republicanos o monárquicos se llamen PCE, PSOE, Esquerra Republicana de Cataluña o de Castilla, Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), franquismo o antifranquismo. Si además, esos obreros se enfrentan con la guardia de asalto, con la guardia civil y con el ejército, y les derrotan; si llevan esa victoria a las empresas, eliminan a las direcciones y las expropian; si toman los productos almacenados y los distribuyen entre los desheredados...

Es inexorable que esos obreros con las armas en la mano estaban destruyendo los fundamentos y las esencias de la República Democrática propagada y defendida por el PCE-PSOE-ERC-CEDA-Franco-Fascismo y de los masones de la Federación Anarquista Ibérica. Y el choque no era de filosofías parlamentarias, era un choque de intereses materiales irreconciliables entre el trabajo asalariado y el capital ¡¡Un choque a vida o muerte entre la burguesía y el proletariado!!

La burguesía preparó la revancha o contraataque fría y conscientemente, tras la derrota parcial del 19 de julio de 1936, preparó el camino para desarmar a las milicias obreras, llevando a formar parte de su gobierno a partidos y sindicatos, para que fuesen esos partidos burgueses más los masones de la **Federación Anarquista Ibérica (FAI)** los que organizaran y realizaran dicho desarme y que estos mismos como gobierno del **Frente Popular**, realizaran la masacre del 4 de mayo de 1937, del que también formaban parte la **Confederación Nacional del Trabajo (CNT)** y la FAI, como partido anarquista.

La CNT y la FAI entraron a formar parte del gobierno capitalista estatal del Frente Popular el 4 de noviembre de 1936. Pero a nivel regional o autonómico ya lo venían haciendo desde julio- agosto en Cataluña, Valencia, Madrid, Aragón, Asturias, etc., en los Comités de Milicias Antifascistas, en las Juntas de Defensa u otros organismos burgueses.

Por consiguiente, la entrada de los **anti-estado** en los órganos del

ESTADO BURGUÉS central fue la consecuencia lógica de la línea política de colaboración que venían practicando a nivel local (provincial, regional, autonómico) con la burguesía, al menos desde el 20 de julio de 1936 (aunque un sector lo venía haciendo desde 1930, con el Pacto de San Sebastián).

Ante la sublevación del ejército el 18 de julio de 1936, el gobierno del **Frente Popular** declaraba ese mismo día: *"la acción del gobierno será suficiente para restablecer la normalidad"* En una octavilla lanzada conjuntamente por el PCE-PSOE se hacía coro: *"el gobierno manda y el Frente Popular obedece"*. Esta era la independencia política del PCE-PSOE frente al gobierno burgués y el **Frente Único Político o Frente Popular**. Y esta línea de sumisión es la regla a la que se someten la CNT-FAI y el **Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM)** con su participación o con su entrada en las instituciones del Estado burgués republicano, sometiendo o ayudando a someter al proletariado a los cauces marcados por dichas instituciones burguesas ¡Que jamás fueron destruidas!

En general, los fascistas, los patronos o sus colaboradores fueron cazados por los obreros o huyeron. Los antifascistas dirigieron las energías y la acción proletaria hacia **la toma y el control** de las instituciones burguesas en lugar de destruirlas hasta sus cimientos, levantando sobre sus cenizas **nuevos órganos** de dominación de la clase proletaria. Esta función de alcance histórico sólo la puede llevar a cabo el Partido Comunista de clase, que ya lo tiene establecido en su programa revolucionario, nunca lo podría hacer la masa obrera espontáneamente al carecer de memoria histórica y de organización centralizada. El anarquismo que tanto había hablado de **revolución social** y de antimilitarismo, anti-gobierno y de anti-estado, en cuanto llegó la hora de la verdad se desmoronó como un castillo de arena, se disolvió como un azucarillo en un vaso de agua, permitiendo la existencia de las instituciones burguesas y del ESTADO BURGUÉS, y **colaborando lealmente desde fuera y desde dentro con sus clásicas funciones** de instrumento DICTATORIAL contra el proletariado. Los anarquistas repitieron su actuación cantonalista de 1873, en la 1ª República española, olvidándose de su anti-estatismo y de su antiautoritarismo.

Con esta **colaboración** con el Estado burgués, el anarquismo fue transformando rápidamente la lucha obrera revolucionaria del 19 de julio contra el Estado burgués republicano y sus instituciones (Patronal-Ejército-Aparato de Justicia-Iglesia-Propaganda, etc.) y contra el gobierno burgués del **Frente Popular**, en una **lucha antifascista**, en una **lucha por la conservación** de estas mismas instituciones primero y por la ocupación de los cargos después.

El 6 de agosto de 1936 ya se restablecía con la ayuda de CNT-FAI la

militarización forzosa en Cataluña: *"El Comité Central de Milicias antifascistas de Cataluña ha decidido que los soldados de los años 1934, 1935 y 1936 se reintegren inmediatamente a los cuarteles y que allí se pongan a disposición de los Comités de Milicias constituidos bajo la jurisdicción del Comité Central"* (Peirats, Historia de la CNT, Tomo 1, p. 188). Recordamos que este Comité Central estaba formado por partidos declaradamente burgueses como la Esquerra Republicana de Cataluña (ERC). El presidente del susodicho "Comité Central de Milicias antifascistas" fue el célebre Josep Tarradellas, dirigente de ERC que luego pasaría a ser el presidente del gobierno burgués de la Generalitat de Cataluña en 1977.

Recordamos que el Cuartel general de Milicias antifascistas de Barcelona se encontraba instalado en el Cuartel de infantería número 10, llamado *"Cuartel Bakunin"*. Y aquí partía el bacalao el burgués Josep Tarradellas y la ERC como partido. El 27 de septiembre de 1936 se dio el gran salto histórico: los dirigentes anarquistas de la CNT-FAI pasaron a formar parte del gobierno capitalista de la Generalitat de Cataluña, presidido por el burgués Josep Tarradellas y por su partido que tanta represión había ejercido contra los obreros y contra los anarquistas hasta el 19 de julio de 1936.

El paso lógico siguiente fue la entrada de 4 dirigentes de la CNT-FAI en el gobierno central del Estado español como ministros, hecho que se produjo el 4 de noviembre de 1936. Así quemaron las energías proletarias en la conservación y en la defensa del Estado Burgués Republicano.

Las justificaciones para entrar en el Gobierno Burgués son claras. El que fuera terrorista y luego metido a ministro de la justicia burguesa representando a la CNT-FAI (Juan García Oliver), lo justificó así: *"ha sido disuelto el Comité de Milicias porque la Generalidad ya nos representa a todos"* (Peirats, Historia..., Tomo 1, p. 254). En declaración expresa de la CNT en su órgano de expresión, Solidaridad Obrera (04-11-1936) se establecía: *"El gobierno en la hora actual (...) ha dejado de ser una fuerza de represión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT"* (Peirats, Tomo 1, p. 220).

Si se hacía creer a los obreros que el gobierno burgués y el republicano ya no representaba a la sociedad dividida en clases sociales ¿acaso no era con esta metodología y con estas patrañas como se desarmó políticamente a la clase obrera? Con esta posición burguesa, el anarquismo asumía sin rodeos que ese gobierno republicano burgués era su gobierno, para *"dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria"*. *"Es una fatalidad histórica la que pesa sobre todas las cosas. Y esa fatalidad la acepta la CNT PARA SERVIR AL PAÍS..."* (Ibí.).

¡Gran confesión! Los anarquistas, ante lo que llaman FATALIDAD HISTÓRICA se someten al REINO DE LA NECESIDAD PARA SERVIR AL PAÍS, A LA PATRIA, abandonando la Revolución Social que tanto habían pregonado para las calendas griegas, y cerrándole el camino AL REINO DE LA LIBERTAD.

También justificarán su traición diciendo: " Como *perder la guerra equivalía a perderlo todo*", "*por la guerra lo sacrificábamos todo*" (Santillán, en "*Por qué perdimos la guerra*"). Otro POPE purista del anarquismo, el ideólogo Federico Urales (Padre de la ministra de Sanidad Federica Montseny, por CNT) se confesaba **tiernamente** en el periódico **Solidaridad Obrera** del 29-09-1936: "*antes que la victoria del fascismo, cualquier arreglo con los que, si no están con nosotros están más cerca de los anarquistas, los del **Frente popular**.*"

Los militantes anarquistas más "radicales" suelen justificarse o escudarse diciendo que la entrada de sus dirigentes en los gobiernos e instituciones del Estado capitalista, fue tomada a espaldas de CNT, pero:

"En el informe del Comité Nacional de la CNT al Congreso de la AIT celebrado en París en diciembre de 1937 se afirma que el acuerdo de intervenir en el gobierno de la Generalidad de Cataluña fue tomado en un pleno regional de Locales Comarcales de aquella misma región celebrado el mes de agosto: y que la intervención en el gobierno central fue decidida en el Pleno nacional de Regionales del 28 de septiembre del mismo año" (Historia de la CNT, Tomo 1, p. 267).

Fueron los órganos oficiales los que tomaron las decisiones y lo hicieron influenciados por el o por los partidos anarquistas que dirigían la CNT:

"1º El Pleno Regional de Grupos anarquistas de Cataluña considera que la militarización es una necesidad inevitable, impuesta por la guerra antifascista, y hace suyas las disposiciones tomadas en este sentido" (**Boletín de Información CNT-FAI** de Barcelona, 19-2-1937, Peirats, Historia... tomo 2, p. 36). Esto demuestra quién dirigía la línea política que siguió la CNT, los **apolíticos**, los **anti-partido**, que actúan como los politicastros y como los partidos burgueses, a los que le hacen coro, desdiciéndose de toda su filosofía anarquista:

"...el Consejo, que abarca la jurisdicción catalana, ha creído conveniente que se dé una tónica militar a las formaciones que se encuentran en el recinto antifascista. La militarización de los combatientes podrá disgustar a los idealistas que opinaban de acuerdo con sus concepciones... (...). Uno de los aspectos que son inherentes a la guerra es el Código Militar (...). Los individuos que en las circunstancias que vive la revolución no se avienen a prestar su brazo a la obra que está forjando el pueblo, han de ser catalogados como desertores y la pena ha de estar de acuerdo con la traición consumada..." (Solidaridad Obrera,

30-10-1936, Peirats, Historia... Tomo 1, p. 254). O sea que los anarquistas acusan de **desertores** y de **traición** a sus militantes si no se someten y colaboran con el Estado Burgués republicano, lo que en épocas de guerra y militarización significaba la condena a juicio sumarísimo y a la ejecución, además de la justificación y el apoyo político a la represión burguesa y al sector estalinista que la encabeza.

Siguiendo esta línea militarista burguesa el Teniente Coronel y jefe anarquista, Cipriano Mera, estableció la conducta **apolítica** (apolítica significa políticamente burguesa) que iba a seguir en su **división militar**: *"En mi división no conozco a quien sea de la UGT o de la CNT, de un partido republicano o de un partido marxista. Se impone, y he de exigir de ahora en adelante, una disciplina de hierro, disciplina que tendrá el valor de lo que se ofrece voluntariamente. Desde hoy no dialogaré más que con los capitanes y sargentos"* Peirats, Historia... Tomo 2, p. 24) Cipriano Mera restablece las relaciones y la disciplina clásica de cualquier ejército burgués.

Otro ejemplo de sometimiento al Estado capitalista republicano lo contiene el *"Pacto de Unidad"* entre CNT y UGT de Aragón, de inicios de marzo de 1937: *"Nos comprometemos a cumplir todas las disposiciones emanadas del legítimo gobierno de la República y las que dicte el Consejo de Aragón, en los que se hallan representadas nuestras respectivas organizaciones, aportando toda nuestra influencia y las disponibilidades de nuestros organismos para facilitar la aplicación de las mismas"* (Peirats, Historia..., Tomo 2, p. 60). Aquí se demuestra que tanto la UGT como la CNT ya eran sindicatos de ESTADO con el: **"Nos comprometemos a cumplir TODAS LAS DISPOSICIONES emanadas del legítimo gobierno de la República"**.

El responsable político último de la masacre de los obreros el 4 de mayo de 1937 en Barcelona fue la línea de SOMETIMIENTO y de fusión del anarquismo con el aparato del Estado burgués. Aceptando el juego del **Frente Único Político** con la burguesía, se tuvieron que asumir sus consecuencias naturales en cuanto la burguesía recompuso el Estado y se sintió lo suficientemente fuerte para implantar una sola ley, un solo orden social y una sola directriz para los destacamentos o cuerpos armados. Esta tarea es la que se acabó de realizar, se cerró, con la masacre de Mayo de 1937 en Barcelona. Colateralmente a esta tarea infame, aprovechó también el estalinismo para asesinar vilmente a Andrés Nín.

Las últimas gotas de agua que colmaron el vaso y desencadenaron los hechos de Mayo de 1937 no tienen importancia (El control de la Telefónica en Barcelona). Esta acción anti-obrera del gobierno burgués del **Frente Popular** se venía preparando desde el 20 de julio de 1936. Era la revancha vengativa de la burguesía catalana, española e

internacional contra una insurrección obrera que les había hecho morder el polvo de la derrota en un enfrentamiento de la clase obrera contra la clase burguesa el 19 de julio de 1936, en el que el proletariado se atrajo a sus hermanos en uniforme y armados (a los soldados) en la lucha cuerpo a cuerpo, como en las más clásicas batallas revolucionarias.

En Mayo de 1937, el enfrentamiento armado duró una semana, acompañado de una huelga general, espontánea, apoyada mayoritariamente por la clase obrera de Barcelona. La CNT y la FAI hicieron de bomberos sociales, llamando a la clase obrera a la desmovilización y a la vuelta al trabajo; exigiendo a sus afiliados el cese de la lucha y la entrega de las armas. En febrero de 1937 sucedió algo parecido en Málaga, sólo que de allí se retiró el ejército del **Frente Popular** llevándose todo el armamento pesado a Motril para impedir que cayese en manos de la población insurrecta, dejando la ciudad desguarnecida ante el avance del ejército de Franco, que esperó que se marchase el ejército republicano pensando que ya no iba a encontrar resistencia, pero tardó más de una semana en tomar la ciudad, casa por casa, ante la heroica resistencia encontrada. En Madrid, el bando imponiendo el desarme de las Milicias obreras lleva fecha el 2 de diciembre de 1936. También hubo resistencia y choques con decenas de muertos en los días siguientes. Sin olvidar las masacres que el gobierno del **Frente Popular** llevó a cabo en el País Vasco ante la resistencia ofrecida por los obreros a dejarse desarmar para entregarle las ciudades y las fábricas intactas al gobierno de Franco. El ministro del interior del gobierno vasco, Telesforo Monzón (¡Diputado y héroe del nacionalismo radical!) fue el encargado de aplastar la resistencia contra el desarme de las Milicias y la entrega intacta de fábricas, instalaciones y ciudades al ejército del generalísimo.

Por lo tanto, el conjunto de los acontecimientos de Mayo de 1937 en Barcelona deben ser estudiados, no como un hecho aislado, sino como la punta del iceberg de todo un proceso histórico contrarrevolucionario internacional que avanzó como una apisonadora intentando destruir, borrar, los puntos de referencia y hasta las huellas, para dificultar o impedir su conocimiento por las generaciones futuras de proletarios y de revolucionarios.

Esperamos poder investigar y exponer, de un modo más profundo y preciso, las causas y los efectos de la **Masacre** de proletarios en Mayo de 1937, en un futuro estudio sobre la guerra civil y la formación del capitalismo en el Estado español desde el siglo XV.

El tercer bloque del libro lo conforman los textos "**Auschwitz o la gran coartada**" y "**Recordando a la Comuna de Varsovia**".

El primer artículo es una explicación marxista del contenido de clase del socialismo nacional en Alemania en la mitad del siglo XX, del por qué

de su manifestación anti-semita y del verdadero objetivo de la guerra en el capitalismo.

"(...) la destrucción es el objetivo principal de la guerra. Las rivalidades imperialistas que son la causa inmediata de las guerras, no son ellas mismas sino la consecuencia de la superproducción siempre creciente."

(...)

"La guerra es la solución capitalista de la crisis: la destrucción masiva de instalaciones, de medios de producción y de productos permite a la producción recuperarse, y la destrucción masiva de hombres remedia la "sobre-población" periódica que va de la mano con la sobre-producción."

Así se pone también sobre la mesa las negociaciones que tuvieron lugar sobre el destino de millones de judíos entre los Estados capitalistas (nazis y liberales), antes de su exterminio durante la 2ª Guerra mundial; cómo y por qué estas negociaciones fracasaron; o mejor dicho, no tuvieron lugar por la negativa a iniciarlas por parte de los Estados llamados "defensores de la libertad" y de los "derechos humanos"; y las causas del exterminio realizado por parte del Estado nazi.

Causas que como se demuestra aquí no hay que buscar, como pretenden los viejos y nuevos "idealistas" en "los malos pensamientos", en el "odio secular a los judíos", sino en determinantes sociales, económicos, materiales: *"El racismo (...) es y será la reacción pequeño burguesa a la presión del gran capital"*.

Hoy, cuando desde todas partes se hacen llamamientos contra el racismo y en defensa de los "derechos humanos", no estaría de más recordar el cinismo de esta campaña que defiende estos "derechos", pero siempre en casa del otro.

Algunos ejemplos: las masacres de Dresde-Hamburgo (donde cientos de miles de personas murieron en una sola noche de bombardeo clásico durante la 2ª Guerra mundial, en 1945); los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki; las más de 150.000 vidas que costó la simple construcción del puerto de Dakar; la represión de las revueltas en la región de Sètif con sus más de 45.000 muertos; Argelia; Indochina, etc.

Así, cuando vivimos una nueva crisis de enormes dimensiones; crisis industrial, comercial y financiera, resultan útiles las lecciones que podamos sacar de este artículo y aplicarlas al racismo que aumenta contra nuestros "judíos contemporáneos": "moros", gitanos, etc., en cualquier país o continente.

El segundo artículo explica los levantamientos de los obreros en Varsovia, tanto en el Ghetto en 1943 como en Varsovia entera en 1944, y la criminal connivencia del estalinismo con el aniquilamiento y destrucción de estas insurrecciones.

El último texto que presentamos "**El cadáver todavía camina**" recorre el hilo histórico y sintetiza las sangrientas lecciones de los episodios descritos en los textos anteriores: la milonga de que el proletariado sirve para constituirse en una sociedad de seguros para la burguesía "de izquierda", para las formas parlamentarias o consideradas más o menos progresivas o democráticas, es el hilo conductor de todas las derrotas y de los episodios más sangrientos del ensañamiento de la burguesía contra nuestra clase. El texto sintetiza así las consecuencias de la desastrosa táctica parlamentaria:

"Si recordamos estas etapas una vez más, es para establecer el estrecho lazo entre cada afirmación del electoralismo, parlamentarismo democracia y libertad como una derrota, un paso atrás del potencial revolucionario de clase."

(...)

*"En contra de nuestro método que considera todo movimiento «a **la derecha**» de la burguesía, en el sentido de arrancarles la máscara de las ostentadas garantías y concesiones, como una previsión verificada, una «**victoria teórica**» (Marx y Engels) y por lo tanto una ocasión revolucionaria útil, que un partido rectamente preparado debe acoger no con luto sino con alegría; está el método opuesto para el que en cada una de aquellas curvas se desmoviliza el frente de clase y se corre para salvar, como precioso tesoro, todo lo que ha desmantelado y desdeñado la burguesía: democracia, libertad, constitución y parlamento."*

(...)

"Los problemas históricos de hoy los resuelve no la legalidad sino la fuerza. No se vence la fuerza más que con mayor fuerza. No se destruye la dictadura más que con una dictadura más sólida.

Es decir, muy poco, que esta puerca institución del parlamento no nos sirve a nosotros. Ya no le sirve a nadie."

Abril de 2014

LOS SOCIALDEMÓCRATAS Y LA VIOLENCIA

[de «Il Comunista», 12 de abril de 1921]

No se puede aceptar de manera absoluta la tesis según la cual si el Partido Socialista italiano se muestra pasivo ante las violencias fascistas contra el proletariado, esto es debido a que rechaza el empleo de la violencia, por principio en su ala derecha, y por razones de oportunidad en su ala izquierda.

No existen adversarios por principio de la violencia, incluso entre los elementos situados más a la derecha dentro de la social-democracia italiana, como sería por otra parte el humanitarismo pietista de los Prampolini y de los Turati. Fieles a la mentalidad contingentista (término que podría reemplazar adecuadamente, al menos en parte, al de oportunista) que deduce la táctica que adoptar de las situaciones mutables sucesivas, los socialdemócratas tienen razones mucho más profundas que las de una repugnancia cristiana a la consideración hacia la violencia, para oponerse con una *respuesta violenta* a las demostraciones de fuerza fascistas: es, por una parte, el carácter particular del fascismo, y por otra parte, su propia apreciación de la situación italiana actual. Obedecen a una directriz de principio que, precisamente porque se trata de oportunistas, no pueden más que disimular detrás de un horror tolstoiano hacia el derramamiento de sangre, pero que nosotros intentaremos desenmascarar.

Empezaremos por demostrar que los presuntos franciscanos que preconizan la no-resistencia al fascismo, no obedecen a un principio pacifista general, examinando los casos en los cuales han preconizado en el pasado el método de la lucha armada, y también los casos en los cuales la *preconizarán* en el futuro.

Incluso el reformista más angelical justifica retrospectivamente la violencia que ha servido para edificar el actual orden social y conquistar las libertades cívicas y nacionales. No existen social-demócratas, por más domesticados que estén, que no consideren como sagrada la violencia que dio a Italia la libertad nacional y las garantías constitucionales, y que no hagan reverencias ante el recuerdo de los tiranidas de la antigüedad, de los revolucionarios franceses, de los combatientes de la independencia húngara, polaca, griega o checa. Su respeto no se limita por lo tanto a las guerras nacionales, sino que se extiende, como podemos observar, a las guerras civiles en las cuales no se bromea... Pero nuestros actuales campeones en ofrecer la otra mejilla, no se contentan con justificar teóricamente la violencia en ciertos casos, en algunas situaciones, exigen su empleo, como la reciente historia política ha demostrado muchas veces. En la mentalidad idílica de nuestros social-

pacifistas, si la violencia era sagrada cuando se trataba de conquistar las libertades democráticas y la independencia nacional, no lo es menos cuando se trata de preservar estos bienes inestimables de cualquier amenaza y peligro.

¿No fueron insurreccionalistas en 1898?¹ ¿No incitaron a las masas a desmontar las ruedas de los trenes destinados a transportar tropas para la guerra de Eritrea?² ¿Más recientemente, en agosto de 1914, cuando Italia amenazaba con entrar en guerra al lado de sus aliados y contra Francia, nuestros social–demócratas, de acuerdo con los revolucionarios, los anarquistas, y los... republicanos, no proclamaron que llamarían al pueblo a la insurrección armada si el gobierno ordenaba la movilización?

Durante la guerra, cada vez que apareció la amenaza de esta legendaria dictadura militar (ver nota 1), de la cual hemos hablado en un artículo anterior, hablaron también de insurrección, pero únicamente preocupados por el enemigo «**exterior**». Cuando al terminar la guerra se empezó a agitar ese espantajo estúpido, votaron de nuevo decisiones abiertamente insurreccionales, como por ejemplo, una orden del día de la Bolsa de Trabajo de Milán, de la cual no recuerdo la fecha. Resumiendo, cada vez que las instituciones democráticas y las libertades constitucionales fueron amenazadas (o que ellos se lo imaginasen), los reformistas hablaron de llamar a las masas a la calle para la acción armada, destacando que esto no era una jactancia, sino una disposición práctica, coherente con su teoría.

Contra las amenazas de golpes de mano por parte de D'Annunzio siempre han reclamado a la vez la violencia popular y proletaria y la represión del Estado. Por otra parte, durante la guerra, una vez más invadido el territorio nacional, han entonado himnos a los ejércitos que defendían mediante la violencia la integridad de la patria. Esta actitud y

¹ En 1898 tuvieron lugar violentos movimientos proletarios provocados por una grave crisis económica, en particular en Milán, donde el gobernador militar Bara–Beccaris proclamó la ley marcial. El general Pelloux fue llamado al gobierno (es a esta dictadura militar a la que el texto hace alusión más adelante) y permaneció en él hasta 1900. Bajo su gobierno, los socialistas practicaron el abstencionismo al Parlamento, y reivindicaron el uso de la violencia en la calle para defender las libertades violadas y protestar contra el arresto de militantes de la extrema izquierda. El mismo Turati sufrió una larga pena de cárcel. Numerosos socialistas y anarquistas se refugiaron en el extranjero. Este período terminó con el asesinato del rey Umberto a manos del anarquista Bresci en 1900. Fue bajo el mandato del nuevo rey Víctor Manuel III cuando Giolitti fue llamado al poder y se inauguró la famosa edad de oro del liberalismo y del reformismo.

² En 1895–96 se produjeron violentísimas agitaciones contra la política colonial del primer ministro Crispi en Eritrea–Etiopía, que condujo en 1896 a la derrota italiana en la batalla de Adoua. Apoyados enérgicamente por los socialistas, estos movimientos estuvieron caracterizados por motines de las tropas y sabotajes en las líneas férreas. Fueron el prólogo de los sucesos que se produjeron en Milán dos años más tarde, al mismo tiempo que el epílogo de los movimientos de Sicilia en 1894 y de su represión violenta.

la que tomaron de cara a la amenaza de guerra contra la Entente, y que hemos señalado anteriormente, los ha unido a los demócratas intervencionistas que, por su parte, se habían unido mediante presuntos factores reaccionarios de golpes de Estado a una total adhesión a la guerra.

Todavía hay más. ¿Recordáis las alabanzas que Turati dirigió en el Parlamento a la Revolución Rusa, cuando no era todavía la de Lenin y los bolcheviques, sino la de Kerensky y los cadetes? En esta primera fase, esta revolución no fue menos sangrienta que la segunda, en la cual se instauró la dictadura proletaria despiadada, acerca de la cual Turati declaró poco después que estaba dispuesto a combatirla con las armas en la mano si llegaba a instaurarse en Italia.

No es, por tanto, una aversión teórica o sentimental respecto al empleo de la violencia la que motiva la actitud actual de los social-demócratas frente a la extensión del fascismo. Tampoco lo es el miedo, explicación que sería todavía más estúpida. El miedo puede haber influido sobre la actitud de tal o cual persona, y subjetivamente puede incluso dominar a un comunista (el miedo explica, en todo caso y en una larga lista, que muchos de los que en períodos de calma se dicen revolucionarios, sea por demagogia, sea por una falta de comprensión teórica, se han revelado como auténticos social-demócratas, y basta saber que Turati es hoy el jefe reconocido de un partido que ayer era maximalista): pero la actitud de la social-democracia italiana, a la cual pertenecen fuerzas que han sido consideradas durante largo tiempo como extremistas (y que la III Internacional ha aniquilado por fortuna), obedece a otra lógica que la del miedo, y tiene una significación mucho más grave.

Si preguntáis a los penetrantes teóricos de nuestro reformismo nacional sobre cuál es el lazo entre las actitudes heroicas que hemos señalado con anterioridad, y su actual política de dimisión, entre sus posturas leoninas del pasado y los balidos de ovejas que dan hoy, os contestarán que no hay nada de eso. Os dirán, incluso ironizando, que no son, ni quieren serlo, teóricos y artífices de generalizaciones, que no han trazado nunca esquemas generales, que la historia es tan inestable que no se la puede encerrar dentro de cuadros tan rígidos, que son muy cultos, muy sutiles, muy sensatos y muy... astutos como para dedicarse a ejercicios de esa clase, muy dignos de nuestro crítico extremismo infantil.

A pesar de esto, nosotros, que nos empeñamos en ser esquemáticos, dogmáticos y simplificadores en materia teórica, tenemos una explicación plausible para estas actitudes sucesivas de la social-democracia italiana, explicación que rinde a su coherencia los honores que su modestia rechaza. Existe una tesis típicamente anti-marxista y anti-comunista según la cual el desarrollo posterior de la sociedad humana debería

proceder de acciones graduales y pacíficas, mediante las únicas armas que la democracia electiva ofrece para la defensa de los intereses de los diversos grupos sociales y de las tendencias que los expresan. Pero según esta tesis, si este derecho fundamental al voto y a las libertades constitucionales se ve amenazado por fuerzas estatales o extra-estatales, el empleo de la violencia popular se convertiría en un derecho sagrado, de igual forma que la insurrección armada dirigida para establecer de nuevo ese mínimo de derechos garantiza la posterior ascensión de las masas. No es éste el lugar para repetir que tal teoría no constituye solamente renegar definitivamente del socialismo, sino que además es de una abstracción y de un esquematismo verdaderamente estúpidos, y que ha recibido de la realidad –por no decir nada de nuestra polémica– terribles desmentidos. Lo que sí debemos hacer constatar es que esta teoría justifica de maravilla las sucesivas actitudes de la derecha socialista recordadas con anterioridad.

Las conquistas de la revolución burguesa –independencia nacional o garantías democráticas– estaban amenazadas, era preciso defenderlas con los medios que precisamente las han hecho posibles. Según la mentalidad social-demócrata, la violencia no es condenable en tanto que violencia, sino solamente en la medida en que el proletariado la utiliza para emanciparse, en lugar de utilizar los medios ofrecidos por la democracia, los cuales son más eficaces según el reformismo. Pero si estos medios se cuestionan, sólo la violencia puede preservarlos contra la reacción. Naturalmente tal violencia no es exclusiva de una sola clase, sino de una colaboración entre los trabajadores y los elementos de «**izquierda**» de la burguesía.

Resumiendo (espero que la conclusión no parezca aventurada, ya que hemos desdeñado mil argumentos análogos a los precedentes), los socialdemócratas están por la violencia a condición de que ésta sirva para defender una conquista burguesa, una institución burguesa, ya que según ellos «**las instituciones democráticas constituyen el terreno indispensable para la emancipación del proletariado**». Si la violencia sirve exclusivamente al proletariado y a su acción de clase contra el régimen burgués, incluso contra las reglas constitucionales (que según nosotros son específicamente burguesas y sirven únicamente a la defensa de los intereses burgueses, en tanto que para los socialdemócratas son un patrimonio social situado por encima de las clases), y sobre todo si la violencia está dirigida contra la democracia burguesa para abolirla, como la Revolución Rusa y la III Internacional nos han enseñado, entonces se convierte en algo criminal a los ojos de los socialdemócratas, que lógicamente llegan a la conclusión de que contra las tendencias y los movimientos de inspiración comunista, la violencia es legítima.

¿Por qué nuestros reformistas clásicos se oponen a la reacción violenta contra el fascismo? *Porque saben que el fascismo no es en realidad un movimiento anti-democrático que tenga como fin la supresión del régimen electivo.* Ven muy bien que la violencia fascista no está dirigida a suprimir la democracia burguesa, ni tan siquiera para aplastar el socialdemocratismo obrero, sino únicamente para defender el régimen democrático burgués contra los asaltos revolucionarios del proletariado. Los trabajadores comunistas se salen de los marcos de la lucha parlamentaria y proclaman su intención de conquistar el poder por la violencia; la burguesía se organiza para oponérseles con la ayuda de las milicias fascistas, no para suprimir la democracia, sino para defenderla de nosotros, comunistas, que queremos abolirla.

Esta es la única explicación posible del hecho de que los socialistas, que como hemos podido ver admiten por todas partes la violencia popular contra todo atentado a los derechos democráticos, exhortan actualmente a las masas a no rebelarse, sino a recurrir a los medios legales para defenderse cada vez que el adversario parece amenazarlas. Sabiendo que el fascismo no tiene la intención de privarlos indefinidamente del derecho de voto, creen que bastará para volver a la calma, *el hacer en el futuro un uso exclusivo de los derechos democráticos.*

En Italia, hoy, la primera función del fascismo es despejar todo lo que podía haber de artificial en los proyectos de lucha revolucionaria comunista, aislar a los verdaderos adversarios del régimen vigente de todos sus posibles auxiliares. Ocultándose tras el maximalismo, no tiene la intención inmediata de acabar con todo lo verdadero que existe en el movimiento comunista (ese movimiento está hoy organizado en nuestro Partido), sino únicamente de arrinconar a la mayor parte del PSI en un reniego definitivo del comunismo y en una alianza con los demás defensores de la democracia burguesa.

Por esto es necesario comprender las declaraciones que repiten los dirigentes fascistas sobre los problemas obreros y las recientes palabras de Mussolini: **«Sin querer dárnoslas de profetas, se puede anticipar el resultado de las elecciones en lo que concierne a los socialistas: resultarán derrotados y el triunfador no será Filippo Turati. Las acciones de este hombre, que en el Congreso de Bolonia estaban casi reducidas a cero, son hoy muy cotizadas dentro del Partido Socialista. La historia le ha dado la razón. Pero sin el fascismo, Turati habría caído ya desde hace tiempo en el olvido».** Sin querer dárnoslas de profetas, podemos decir que el segundo período de la acción fascista será un período de acción directa contra la fracción irreductiblemente revolucionaria y comunista del proletariado, acerca de la cual se hace hoy un ostensible silencio. Entonces la distinción entre los

diversos enemigos jurados del comunismo se habrá atenuado; el fascismo no se presentará más como una fuerza ajena al Estado, y la socialdemocracia puede que se halle a la cabeza de dicho Estado.

Nosotros dudamos tanto menos de esta segunda fase de la cual somos obstinados teóricos, pensamos que los fascistas han llevado a cabo una obra de clarificación que no ha resultado inútil para nosotros. Pensamos de igual manera que el resultado de la primera fase de las violencias fascistas –la conversión de pseudo–maximalistas a la colaboración de clase– favorece indirectamente la orientación y la preparación revolucionarias de las masas, de tal forma que se puede ya preguntar sobre quién dará la señal de la segunda batalla que librará la burguesía. Sea quien sea el que la inicie, está claro que no terminará por medio de una alianza, sino por la derrota definitiva de uno de los dos adversarios en presencia.

¡Y cuidado con los vencidos, sean de donde sean!

LAS VÍAS QUE CONDUCEN AL NOSKISMO

[de «*Il Comunista*», 14-7-1921]

Digamos algunas palabras acerca de la evolución de la social-democracia italiana hacia la derecha. En repetidas proclamaciones oficiales, el partido socialista se ha colocado sobre un terreno netamente «**pacifista**» en lo que concierne a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, y ha adoptado por lo tanto el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de los odios, desarme de los espíritus y de las manos, lucha con las armas civilizadas (o sea, no sangrientas) de la propaganda y de la discusión, condena de la violencia proletaria armada, no solamente para la ofensiva, sino incluso para la defensiva. Esto significa que si el partido socialista no está todavía perfectamente de acuerdo con el punto de vista de Turati y llega a admitir la «**colaboración gubernamental**» con la burguesía, por lo menos aprueba sus métodos legalitarios y socialdemócratas. Son, es cierto, dos cuestiones distintas. Todo aquel que admite la colaboración con la burguesía está contra las directrices revolucionarias de los comunistas; pero cualquiera que, sin llegar hasta ahí, condena el uso concreto de la violencia en la lucha de clase y se limita a los medios tácticos que le ofrecen las instituciones burguesas, hace otro tanto. La experiencia revolucionaria permite deducir que tal posición conducirá fatalmente a sus autores a renunciar a la revolución y a hacerse cómplices de la contrarrevolución. Veamos cómo ésto se ha visto confirmado por los sucesos de Italia.

¿Cuál es la base de principio, del «**social-pacifismo**»? ¿Podría ser el «**no matarás**», el «**ofrecerás la otra mejilla a quien te ofenda**» del cristiano, del tolstoiano? Está claro que no. Si los social-demócratas creyesen en semejantes extravagancias, serían ciertamente menos peligrosos, pero también más estúpidos de lo que son.

La consigna de no matar a los fascistas, de no responder a sus provocaciones, es una consigna contingente que procede de otro principio general, que no es el principio moral eterno invocado más arriba. ¿Cuál es este principio?

Examinemos si la social-democracia ha condenado «**siempre**» la violencia en cuanto tal, es decir, de forma absoluta. Tomemos a Turati, que ha dado a su partido esta consigna de pasividad. ¿Qué decía, en octubre de 1917, después de la derrota de Caporetto, mientras que el ejército austriaco avanzaba, con las armas en la mano, sobre el territorio italiano? ¿Aconsejaba a los soldados italianos que no matasen, que arrojasen las armas, que no respondiesen a la violencia con la violencia? ¡Todo lo contrario! Exaltaba y santificaba la resistencia armada de las

tropas italianas sobre el Grappa. Y fue cuando nosotros, comunistas, defendimos la tesis revolucionaria condenando la defensa nacional, que él nos imputó, para las comodidades en la polémica, motivos «**tolstoianos**» que calificaba de «**idiotas y nefastos**», mientras que en realidad nosotros partíamos de la consigna «**los proletarios no vuelven sus armas contra otros proletarios, sino contra el enemigo de clase que está en su propio país**».

Entre estas dos posiciones adoptadas sucesivamente por el social-pacifismo de cara a la invasión extranjera y de cara al salteamiento fascista, debe existir una continuidad lógica, debe existir, y no es difícil de definir.

El social-demócrata, el social-pacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce a la violencia una función histórica y social. No niega, por ejemplo, la necesidad de arrestar y, si es preciso, matar al delincuente de derecho común, al autor de agresiones en la calle. Es a este género de delitos a los que compara la invasión militar, pero se niega a comparar igualmente la ofensiva civil de los camisas negras. ¿Cuál es por lo tanto la distinción que los guía?

No es el social-pacifismo el que puede responder a esta pregunta, sino nosotros. Su distinción descansa sobre su concepción de «**la función del poder del Estado constituido**». Es extremadamente simple. Cuando es el poder del Estado el que emplea la violencia, el que la quiere, el que la ordena, esta violencia es legítima. En consecuencia, puesto que es el Estado quien la ha querido, organizado y ordenado, la defensa armada sobre el Grappa fue no solamente legítima, sino sagrada, aunque extremadamente sangrienta. Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque no es el Estado, sino fuerzas extra-legales, las que toman la iniciativa.

Si no es necesario defenderse contra el fascismo no es porque sea el mejor medio para desarmarlo (¡Turati no ha vuelto a la infancia!), sino porque es al Estado a quien le incumbe reprimir la violencia fascista, considerada también como extra-estatal y extra-legal según la mentalidad social-pacifista.

Continuemos siguiendo el razonamiento y la política social-pacifistas. Tal orientación vuelve a subscribir un principio típicamente burgués, contra el cual el socialismo marxista se ha dirigido siempre, incluso, en su momento, en la persona de Filippo Turati. Este principio consiste en admitir que desde que existe el Estado democrático y parlamentario, la época de la lucha violenta entre los particulares y los diversos grupos y clases de la sociedad está cerrada, y que la función del Estado es precisamente tratar toda iniciativa violenta de la misma manera que las acciones antisociales, incluso si él mismo ha nacido de la destrucción violenta del Estado constituido del Antiguo Régimen.

Es a esta lógica teórica a la que responde la política actual y la fatal política futura del Partido Socialista italiano. Ha lanzado la consigna del desarme y de la no-resistencia al fascismo, pero el fascismo no se ha desarmado. Ha lanzado la consigna de la acción legal y electoral, y una fracción considerable del proletariado le ha seguido, pero el fascismo no se ha desarmado.

El PSI se niega a colocarse bajo el punto de vista comunista según el cual el fascismo no es nada más que otro aspecto de la violencia que el Estado burgués opone a la violencia revolucionaria del proletariado y que constituye su último argumento defensivo y contraofensivo. El PSI querría un estancamiento de la situación que permitiría una vuelta a la *vida normal*, en la cual podría continuar la obra pacífica tradicional a la cual se ha adaptado su estructura. La política de desarme y de participación electoral no ha bastado para llegar a este resultado, el PSI ha llevado negociaciones directas con los dirigentes fascistas. Su jaque actual no quiere decir nada. El solo hecho de haberlas realizado después de haber renunciado espontánea y oficialmente a la lucha armada, significa que el PSI se prepara para otras concesiones que serán la consecuencia lógica de su fatal premisa «**pacifista**». Esto implica un pacto de este género: nos hemos desarmado; que el fascismo se comprometa a hacer lo mismo; que la represión de las violencias privadas incumba de nuevo a las fuerzas legítimas del orden, al Estado. El social-democratismo aspira con un ardor estúpido y nefasto a esta ilusoria vuelta a la legalidad. Es por tanto lógico y verosímil que el PSI haya propuesto también que los dos partidos se comprometan a denunciar a todos aquellos, sean quienes sean, que atenten contra esta legalidad, y si esto no se ha hecho aún, se hará. Reservar al Estado la «**administración de la violencia**» no es solamente reconocer un principio típicamente burgués, pues el reconocimiento de un «**falso**» principio conduce a otras consecuencias. Puesto que es cierto que el Estado administra la violencia para el mayor provecho de la burguesía, y que el fascismo no es más que un aspecto de esta violencia – una contraofensiva destinada a prevenir un futuro ataque revolucionario del proletariado (si librase la batalla de clase sirviéndose de las fuerzas del orden oficiales antes de que una vanguardia proletaria la haya atacado, la burguesía descubriría de inmediato sus baterías y suministraría armas a la crítica comunista)–, se debe concluir necesariamente que el fascismo no se desarmará antes de asegurarse de que en su conjunto la clase obrera no tiene la menor intención de atacar al Estado constituido y a las instituciones burguesas. El fascismo hará pues a la social-democracia la oferta siguiente: para estar seguros de que las masas proletarias no atentarán contra el poder legítimo... tomad la dirección del Estado, participad en el gobierno burgués.

El buen sentido social-demócrata vulgar ve esta situación bajo otro

ángulo. Acaricia la ilusión estúpida de que podría ampararse en todo o en parte en las riendas del Estado para acabar con la «**ilegalidad bárbara**» del fascismo, con la ayuda de la guardia real y de las otras fuerzas de policía oficiales. Pero que el fascismo abandone el terreno porque está satisfecho de haber contribuido a transformar un partido de acción proletaria revolucionaria en partido de gobierno en el marco del orden vigente, o que sea suprimido por orden de un eventual gobierno social-demócrata (pura hipótesis en la cual no creemos para nada), en ambos casos, la socialdemocracia deberá recorrer otra etapa de su evolución. Una vez llegada a la función de garante del Estado y, por tanto, de la violencia legal, sea mediante un pacto con el fascismo, sea mediante la colaboración ministerial ¿qué hará cuando los comunistas continúen preconizando y empleando la violencia para el ataque revolucionario contra el poder del Estado?

Hará algo muy simple. Condenará esta violencia revolucionaria en principio; pero a pesar de su pseudo-pacifismo cristiano de hoy, ¡se guardará bien de hablar de no-resistencia a esta violencia! En perfecta lógica consigo misma, proclamará por el contrario que el Estado tiene el derecho y el deber de aplastarla. Prácticamente, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado, es decir, los nuevos «**bandidos antisociales**», que niegan la función benéfica de su gobierno «**obrero**». He aquí cómo se conducirán los partidos que niegan que la ilegalidad y la violencia sean los medios fundamentales de la lucha proletaria. Es exactamente la vía que Noske ha seguido.

Esto es lo que muestran la crítica marxista y la realidad dramática que vivimos hoy en Italia.

LA FUNCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN ITALIA

[de «*Il Comunista*», 6-2-1921]

La revolución rusa, alemana y de otros países ha mostrado que la conquista del poder por el proletariado y el período de la Dictadura están precedidos por una fase histórica caracterizada por el traspaso del poder a los partidos socialdemócratas, o a una coalición de estos con los partidos burgueses. Después de estos acontecimientos, uno se pregunta con frecuencia si tal fase se verificará igualmente en los países occidentales como prólogo de la revolución proletaria. Según algunos, incluso en Italia, deberíamos atravesar este período antes de ir más lejos, y sería por lo tanto una buena táctica, incluso desde el punto de vista revolucionario, provocar la famosa experiencia del gobierno socialdemócrata para llevar este desarrollo histórico necesario hasta sus últimas consecuencias. Por el contrario, según los comunistas, este período no tiene ningún carácter de necesidad histórica y el movimiento revolucionario debe tender directamente a la instauración de la dictadura del proletariado para la lucha directa contra el régimen burgués actual.

Naturalmente, es la segunda opinión la que representa la justa solución del problema. Sin embargo, nos parece que una apreciación más exacta de los caracteres y de la función del socialdemocratismo es necesaria si se quiere dar una respuesta crítica completa a la cuestión, y extraer de ella las conclusiones tácticas que nos interesan.

Un régimen democrático burgués que tiene un programa de reformas radical-socialistas se presenta realmente como un término medio entre el orden actual y el del proletariado allí donde el advenimiento de la burguesía capitalista propiamente dicha no es un hecho consumado, y donde existen todavía formas políticas y sociales atrasadas generalmente superadas en la sociedad actual. Incluso en estas condiciones, no hay ninguna duda para los marxistas de que, comprendiendo y reconociendo teóricamente que la constitución de un régimen parlamentario constituye un paso hacia adelante hacia el más amplio desarrollo de la lucha proletaria, los comunistas deben combatir no solamente a la vieja clase dominante y a sus partidos, sino a la nueva que intenta reemplazarla en el poder, negarse a firmar un trato con ella y esforzarse en derrocarla lo más pronto posible, con el fin de no dejar pasar el corto período durante el cual el poder del Estado no tiene ninguna base estable y es más fácil apoderarse de él. Por mucho que puedan decir al respecto aquéllos que ignoran el marxismo, tal fue el pensamiento de Marx y de los comunistas de cara a la situación de Alemania y de otros países en 1848, y tal es también la gran enseñanza de la revolución rusa.

Pero entonces no se debe ni se puede hablar de una función histórica de la socialdemocracia en los países de la Europa Occidental donde el régimen democrático existe desde hace mucho tiempo y ha entrado en una fase de decadencia en la cual no es más que una supervivencia histórica. Para nosotros, no puede haber otro traspaso revolucionario del poder más que de las manos de la burguesía a las del proletariado, de tal forma que no se puede concebir otra forma de poder proletario que la dictadura de los consejos.

Hacer esta evidente constatación no lleva, sin embargo, a excluir el que la socialdemocracia ejerza o se prepare para ejercer una función incluso en los países occidentales. Los partidos socialdemócratas sostienen que la época de la democracia no ha terminado todavía, y que el proletariado podrá utilizar aún para los fines de clase las formas políticas de esta democracia. Pero como es evidente que, sobre todo en las condiciones actuales heredadas de la guerra, el proletariado no saca ningún provecho de su existencia, los socialdemócratas se ven obligados a prever y a proponer formas democráticas más perfectas y más completas según ellos, pretendiendo que el actual sistema actúa contra el proletariado únicamente porque no es verdadera e íntimamente democrático. De ahí, todos los proyectos de instituciones nuevas sobre la base de la república, de la ampliación del derecho de voto, de supresión del Senado, de extensión de las funciones y de los derechos de los Parlamentos, y todo lo demás.

Tanto como la crítica teórica, la experiencia de las últimas revoluciones demuestra que todo este bagaje político no es más que un disfraz que disimula el último programa y el único método de gobierno que convienen a la burguesía en las críticas condiciones de hoy. Los gobiernos de este tipo no constituyen en absoluto una transición hacia la conquista del poder por las masas proletarias, sino que por el contrario son el último baluarte, y el más eficaz, de la dominación burguesa contra la amenaza revolucionaria. Su contenido teóricamente democrático deja paso a la dictadura y al terror dirigidos contra el proletariado y el comunismo, confirmando nuestra doctrina que proclama que la democracia está históricamente muerta.

La socialdemocracia tiene por lo tanto una función específica en este sentido, que tendrá probablemente en los países occidentales, un momento en el cual los partidos socialdemócratas irán al gobierno, solos o con los partidos burgueses. Pero allí donde el proletariado no tenga la fuerza para evitarlo, tal punto medio no representará una condición positiva, una condición necesaria para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias, una preparación útil para el asalto revolucionario: será por el contrario una tentativa desesperada de la burguesía para privarlo de su fuerza y desviarlo, y en el caso de que le

quedase a la clase obrera suficiente energía para levantarse contra el legítimo, humanitario, el buen gobierno socialdemócrata, para aplastarlo sin piedad bajo los golpes de la reacción.

No se puede, por lo tanto, prever ningún tipo de transición entre la dictadura actual de la burguesía y la dictadura proletaria, pero se puede y, si se es comunista, se debe prever una forma última e insidiosa de la dictadura burguesa que justificará el envío de todo el aparato del Estado y, por lo tanto, de defensa del capitalismo, a los social-traidores, por la necesidad de cualquier cambio formal y puramente aparente de las instituciones.

Desde el punto de vista táctico, los comunistas que hacen esta previsión no se resignan de ningún modo a que ésta se lleve a cabo, justamente porque ellos le deniegan el carácter de una necesidad histórica universal. Fortalecidos por su experiencia internacional, se proponen desenmascarar anticipadamente el juego insidioso de la democracia, y comenzar su ataque contra la socialdemocracia sin esperar a que su función contrarrevolucionaria se revele con el estallido de los mismos hechos. Ellos intentarán preparar al proletariado para ahogar en germen ese producto monstruoso de la contrarrevolución, sin excluir que sea necesario dar el asalto final a un gobierno con pretensiones socialistas llegado al poder como último recurso de la burguesía.

En cuanto a las proposiciones tácticas tortuosas de comunistas que se han pasado al otro lado de la barricada, y que consisten en favorecer el acceso de los socialdemócratas al poder, no solamente estas proposiciones muestran una total incomprensión de los problemas tácticos tal como el método marxista los plantea, sino que esconden la peor de las trampas. Es necesario desatar al proletariado de los hombres y del partido destinados a cumplir la función contrarrevolucionaria de la socialdemocracia, separando de antemano las responsabilidades de la manera más decidida. Naturalmente, esto desanimará a estos hombres y a estos grupos y retrasará el momento en que ellos acepten la invitación de la burguesía para asumir el poder, pero es precisamente mejor que se resignen solamente a la última extremidad, porque entonces, esta misma maniobra será impotente para detener el proceso de descomposición del aparato del Estado burgués. Incluso si es casi seguro que la batalla final se libraré contra un gobierno de ex-socialistas, nuestra tarea no es de ningún modo facilitarles el acceso al poder; sino, por el contrario, preparar al proletariado para lanzarles de buenas a primeras una declaración de guerra, en lugar de ver en ellos una promesa de tregua en la lucha de clases y una solución pacífica a los problemas de la revolución. Por lo tanto, no se podrá preparar a las masas para esto, más que a condición de haber denunciado con anterioridad ante ellas los métodos y los designios del movimiento socialdemócrata, de igual forma que sería

un error colosal el parecer que se consiente una experiencia de gobierno socialista.

Por todas estas razones, nosotros decimos que la táctica revolucionaria debe estar fundada sobre una experiencia no solamente nacional, sino internacional, y que gracias a la obra infatigable de los Partidos de la Internacional Comunista, el martirio de los proletarios de Hungría, de Finlandia y de otros países deberá bastar para advertir al proletariado occidental para que aprendan, con el precio de su sangre, cuál es la verdadera función de la socialdemocracia en la historia. El socialdemocratismo intentará fatalmente seguir su vía hasta el final, pero los comunistas deben proponerse barrerlo lo más pronto posible, antes de que consiga colocar el puñal de la traición en los riñones del proletariado.

EL FASCISMO

[de «*Il Comunista*», 17-1-1921]

El movimiento fascista ha traído a su Congreso el bagaje de una potente organización, proponiéndose un espectacular despliegue de sus fuerzas en la capital, y ha querido igualmente sentar las bases de su ideología y de su programa bajo los ojos del público; sus dirigentes se imaginaron que tenían el deber de dar a una organización tan desarrollada la justificación de una doctrina y de una política «**nuevas**». El daño que el fascismo ha sufrido con la huelga romana no es nada comparado con la bancarrota que ha surgido de los resultados del Congreso en lo que concierne a esta última pretensión. Es evidente que la explicación y, si se quiere, la justificación del fascismo no se encuentra en esas construcciones programáticas que pretenden ser nuevas, sino que se reduce a cero tanto como obra colectiva que como tentativa personal de un jefe: dedicado infaliblemente a la carrera de «**hombre político**» en el sentido tan tristemente conocido del término, en el cual no será nunca un «**maestro**». Futurismo de la política, el fascismo no se ha elevado un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

El Congreso del que se habla, se redujo a un discurso de Mussolini. Según esto, ese discurso es un engendro. Comenzando por el análisis de los otros partidos, no llegó a una síntesis que hubiese hecho aparecer la originalidad del partido fascista con respecto a los otros. Si ha conseguido destacarse por su violenta aversión contra el socialismo y el movimiento obrero, no se observa por ninguna parte lo que tiene de novedosa su posición con respecto a las ideologías políticas de los partidos burgueses tradicionales.

La tentativa de exponer la ideología fascista aplicando una crítica destructiva a los viejos esquemas, bajo la forma de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni eran nuevas, ni tenían ligazón unas con otras en la nueva síntesis que se hizo, ya que se examinaron sin ninguna eficacia los argumentos fuera de lugar de una polémica política y puestos a la orden del día por el afán de novedad que atormenta a los políticos de la decadente burguesía de hoy. Hemos podido asistir no sólo a la solemne revelación de una nueva verdad (lo que vale para el discurso de Mussolini, vale igualmente para toda la literatura fascista), sino también a una revista de toda la flora bacteriana que prospera sobre la cultura y la ideología burguesas en nuestra época de crisis suprema, y a las variaciones sobre fórmulas arrancadas al sindicalismo, al anarquismo, a los residuos de la metafísica espiritual y religiosa, con la excepción, afortunadamente, de nuestro horrible y brutal marxismo bolchevique.

¿Qué conclusión se puede extraer de esta mezcla informe de anticlericalismo franc-masón y de religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, merced a la cual el fascismo pretende distinguirse a la vez del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene el afirmar que comparte con el comunismo la noción antidemocrática de dictadura, cuando esta dictadura no se concibe más que como la composición de la «**libre**» economía sobre el proletariado, y se declara que esta economía «**libre**» es hoy más que nunca necesaria? ¿Qué sentido tiene alabar la república en un momento en el que se vislumbra la perspectiva de un régimen pre-parlamentario y dictatorial, y en consecuencia ultradinástico? ¿Qué sentido tiene oponer a la doctrina del partido liberal, la de la derecha histórica que fue seriamente e íntimamente más liberal que la de dicho partido, tanto teórica como prácticamente? Si el orador hubiese sacado de todas estas enunciaciones una conclusión que las ordenase armoniosamente, sus contradicciones no habrían desaparecido, pero por lo menos hubiesen prestado al conjunto esa fuerza propia de las paradojas, de la cual hace gala cualquier nueva ideología. Pero como en este caso la síntesis final falta, no queda más que un amasijo de viejas historias, por lo que el balance es un balance de quiebra.

El punto delicado era el de definir la posición del fascismo de cara a los partidos burgueses del centro. Se puede presentar, bien o mal, como adversario del partido socialista y del partido popular; pero la negación del partido liberal y la necesidad de librarse y, en cierto sentido, de sustituirlo, no han sido teorizados ni siquiera de cualquier forma ni traducidos en un programa de partido. No queremos afirmar, precisémoslo, que el fascismo no puede ser un partido: será uno que concilie perfectamente sus extravagantes adersiones contra la monarquía, contra la democracia parlamentaria y contra el... socialismo de Estado. Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida, que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse por sí mismo.

Este es un hecho sobre el cual volveremos en nuestro análisis crítico y que prueba la superioridad del marxismo, el cual es perfectamente capaz de definir el fascismo.

El término «**ideología**» es un poco metafísico, pero no obstante lo emplearemos para designar el bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de los fines que debe necesariamente alcanzar mediante su acción. Esto implica naturalmente un método de interpretación y una concepción de los hechos a nivel social e histórico.

En la época actual, precisamente porque se trata de una clase en su ocaso, la burguesía posee una ideología desdoblada. Los programas que pregona exteriormente no corresponden a la conciencia interior que tiene de sus intereses y de la acción necesaria para protegerlos. Cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, la ideología social y política que le es propia, ese liberalismo que el fascismo se cree llamado a suplantar, estaba en su máximo apogeo. La burguesía «**creía**» y «**quería**» según los postulados del programa liberal o democrático: su interés vital consistía en liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen oponía a su desarrollo. Estaba convencida de que la realización de un máximo de libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos sin excepción, coincidían no solamente con la universalidad humanitaria de su filosofía, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

De hecho, el liberalismo burgués no fue solamente una excelente arma política mediante la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros «**estados**», el clero y la nobleza. Fue también un medio nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiese cumplir su función de clase no solamente contra las fuerzas del pasado y su restauración, sino también contra el «**cuarto estado**» y los ataques del movimiento proletario. En la primera fase de su historia, la burguesía no tenía todavía conciencia de esta segunda función de la democracia, es decir, del hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejase de ser el antiguo régimen para convertirse en el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no tuvo conciencia de esto. Los ideólogos liberales no se contentaban con decir que el método democrático de formación del aparato del Estado se hacía en interés de todo «**el pueblo**» y aseguraba una igualdad de derechos a todos los miembros de la sociedad: es que se lo creían. No comprendían todavía que para salvar las instituciones burguesas de las cuales ellos eran los representantes, pudiese ser necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en las constituciones de la burguesía. Para ellos, el enemigo del Estado no podía ser nadie más que el enemigo de todos, un delincuente culpable de violar el contrato social.

Por consiguiente, resultó evidente para la clase dominante que el régimen democrático podía servir igualmente contra el proletariado y que era una excelente válvula de seguridad contra el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía estupendamente a sus intereses, se aferra cada vez más en la conciencia de la burguesía. Lo considera como un medio y no como un fin abstracto, dándose cuenta de que el uso de estos medios no es incompatible con la función integradora del Estado burgués, ni con su

función de represión, incluso violenta contra el movimiento proletario. Pero un Estado liberal que, para defenderse, debe abolir las garantías de la libertad, aporta la prueba histórica de la falsedad de la doctrina liberal en tanto que interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato gubernativo. Sus verdaderos fines son claramente todo lo contrario: defensa de los intereses del capitalismo por todos los medios, es decir, tanto con las diversiones políticas de la democracia como con las represiones armadas, cuando las primeras no bastan para contener los movimientos que amenazan al Estado.

Esta doctrina no es una doctrina «**revolucionaria**» acerca de la función del Estado burgués y liberal. Lo que realmente es revolucionario es formularla, y esto debido a que en la fase histórica actual, la burguesía debe realizarla en la práctica y negarla en teoría. Para que el Estado burgués cumpla la función represiva que es naturalmente la suya es preciso que las presuntas verdades de la doctrina liberal hayan sido reconocidas implícitamente como falsas, pero sin ser del todo necesario volver atrás y revisar la constitución del aparato del Estado. Así la burguesía no tiene por qué arrepentirse de haber sido liberal ni tampoco abjurar del liberalismo: es por un desarrollo en cierta forma «**biológico**», que su órgano de dominación ha sido armado y preparado para defender la causa de la «**libertad**» mediante prisiones y ametralladoras.

En tanto que enuncia programas y se queda dentro del terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer firmemente esta necesidad de la clase dominante para defenderse por todos los medios, comprendidos los que están excluidos teóricamente por la constitución. Esto sería una maniobra falsa desde el punto de vista de la conservación burguesa. Por otra parte, es indiscutible que el 99% de la clase dominante sabe cuán falso sería, desde este mismo punto de vista, repudiar hasta la forma de la democracia parlamentaria y reclamar una modificación en el aparato del Estado, más bien en un sentido aristocrático que autocrático. Lo mismo que ningún Estado prenapoleónico estaba tan bien preparado como los Estados democráticos modernos para los horrores de la guerra (y no solamente desde el punto de vista de los medios técnicos), ninguno habría llegado tampoco a tanto al tomar medidas para la represión interior y la defensa de su existencia. Es lógico, por tanto, que en el período actual de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación de los ciudadanos pertenecientes a la clase burguesa (o a su clientela) en la vida política revista nuevos aspectos. Los partidos constitucionales, organizados de forma que hagan salir de las consultas electorales al pueblo una respuesta favorable al régimen capitalista afirmado por la mayoría, no son suficientes. Es necesario que la clase sobre la cual reposa el Estado asista a éste en sus funciones según las nuevas exigencias. El

movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y llevar a cabo una función militar en previsión de la guerra civil.

Conviene al Estado que esta organización se constituya «**en el país**», entre la masa de los ciudadanos, porque de esta forma la función de represión se concilia mejor con la defensa desesperada de la ilusión que pretende que el Estado sea el padre de todos los ciudadanos, de todos los partidos, y de todas las clases. A medida que el método revolucionario gana terreno en la clase obrera, y que la prepara para la lucha con un encuadramiento militar, y que la esperanza de una emancipación por las vías legales, es decir, con el consentimiento del Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. El hecho de que, paralelo al Estado, pero bajo su lógica protección, este partido vaya «**más rápido**» que el proletariado en armarse, se arme mejor y tome la ofensiva contra algunas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había tolerado: no se debe confundir con el nacimiento de un partido adversario del Estado en el sentido de que quisiera apoderarse de él para darle unas formas pre-liberales.

Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en vez de destruirlo. Merced a la organización con la cual rodea la máquina del Estado oficial, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Juzgará la política democrática, e incluso social-demócrata, como la más audaz, mientras suelta a los grupos de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo. Pero existe otro aspecto de la cuestión que únicamente sirve para demostrar cómo la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria está desprovista de todo sentido, como ha podido demostrar la actividad electoral del fascismo.

No es necesario ser un lince para convertirse en un partido electoral y parlamentario. No es indispensable para hacerlo resolver el difícil problema de la elaboración de un programa «**nuevo**». Jamás el fascismo podrá formular su razón de ser en tablas programáticas, ni formar de ellas una conciencia exacta, puesto que es él mismo quién produce un desdoblamiento del programa y de la conciencia de toda una clase, y puesto que, si debe hablar en nombre de una doctrina, debería volver a entrar en el marco histórico del liberalismo tradicional que le ha confiado la carga de violar su doctrina «**con carácter externo**», reservándose la de predicarla como en el pasado.

El fascismo no ha sabido definirse en el Congreso de Roma y jamás

sabr  hacerlo (sin que por ello renuncie a vivir o a cumplir su funci3n), ya que el secreto de su constituci3n se resume en la f3rmula: la organizaci3n lo es todo, la ideología no es nada, lo cual responde dial3cticamente a la f3rmula liberal: la ideología lo es todo, la organizaci3n no es nada.

Despu3s de haber demostrado sumariamente que la separaci3n entre doctrina y organizaci3n caracteriza a los partidos de una clase decadente, sería muy interesante probar que la síntesis de la teoría y de la acci3n es propia de los movimientos revolucionarios ascendentes, proposici3n corolaria que responde a un criterio rigurosamente realista e hist3rico. Lo que haciendo acto de fe, conduce a la conclusi3n de que cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza, mejor de lo que él se conoce a sí mismo, y que saque su propia fuerza de una conciencia clara de los fines que se esperan, no se puede dejar de vencer.

EL PROGRAMA FASCISTA

[de «*Il Comunista*», 27-11-1921]

Al mismo tiempo que el manifiesto del partido, el periódico fascista ha publicado un artículo destinado (al igual que otros) a defender el movimiento contra la acusación de no tener ni programa, ni ideología, ni doctrina, acusación que se le ha hecho por todas partes. El jefe fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: ¿Nos pedís un programa? ¿Me lo pedís a mí? ¿No os parece que he rehusado formularlo en mi discurso de Roma?... y encuentra una salida no desprovista de valor polémico: los movimientos políticos que dicen haber sido defraudados tras la espera, ¿tenían realmente un programa? De aquí se deducen dos cosas: una es que precisamente porque los partidos burgueses y pequeñoburgueses no tienen un programa esperaban uno del fascismo; la otra es que su falta de programa no debe ser achacada al fascismo, sino que debe ser solo un elemento importante para comprender y definir su naturaleza.

El director del diario fascista pretende demostrar que si el fascismo no tiene tablas programáticas ni cánones doctrinales, es debido a que revela la tendencia más moderna del pensamiento filosófico, las teorías de la relatividad que, según él, habrían hecho tabla rasa del historicismo [Es decir, de la doctrina según la cual la historia obedece a leyes.] para afirmar el valor del activismo absoluto. Este descubrimiento del Duce deja campo abierto a la burla: después de numerosos años, él no ha hecho nunca nada más que relativismo por intuición, pero ¿nos preguntamos que quién es el político que no podría decir otro tanto y reivindicar la etiqueta del «**relativista práctico**»? Es mejor revelar que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo en la política no es nueva. Es por el contrario un repliegue ideológico muy corriente, el cual se explica objetivamente por las exigencias de la defensa de la clase dominante, como nos enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía es incapaz de trazarse una vía (es decir, no solamente un esquema de la historia, sino también un conjunto de fórmulas de acción); esto es debido a que, para cerrar la vía que otras clases se proponen sacar en su agresividad revolucionaria, no encuentra nada mejor que recurrir al escepticismo universal, filosofía característica de las épocas de decadencia. Dejamos de lado la doctrina de la relatividad de Einstein, en lo que concierne a la física... Su aplicación en la historia de nuestro desgraciado planeta no tendría efectos muy sensibles: si se piensa que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la velocidad de la luz, y que el tiempo empleado por un rayo luminoso en recorrer las distancias más largas en nuestro globo es inferior a la

vigésima parte de un segundo, se comprende que la cronología de los sucesos terrestres no se vería afectada de ninguna forma. ¿Qué nos puede importar saber si Mussolini hace relativismo por intuición desde hace diez años o bien desde hace diez años, más la vigésima parte del segundo?

Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia, y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. La única aplicación lógica de estas doctrinas en la vida social reside en el subjetivismo de los individuos; sin programas de reforma ni de revolución de la sociedad, aparte de grandes organizaciones colectivas: no queda más que la acción de los particulares y, a lo sumo, grupos independientes limitados y dotados de la máxima iniciativa.

Dos de las formas más conocidas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, en perfecta lógica consigo mismas. Bernstein dijo ya mucho antes que Mussolini, que el fin no es nada, y que la acción, el movimiento, lo es todo. Se intentaba mostrar ante el proletariado la visión de un objetivo final y al mismo tiempo se le hacía ver también una concepción unitaria de la clase que implica la lucha en función de una orientación única. Se reducía de esta forma el socialismo a la lucha de grupos incoherentes, para fines contingentes, con un abanico ilimitado de métodos, es decir, a ese «**inmovilismo**» que el Duce invoca hoy. Es una actitud idéntica la que dio origen al sindicalismo. La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «**nueva**» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son los síntomas de la agonía.

Por su naturaleza, el fascismo no tiene ningún derecho para reclamarse del relativismo. Al contrario, podría decir que representa los últimos esfuerzos de la clase dominante actual para darse unas líneas de defensa seguras y para sostener su derecho a la vida de cara a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero a fin de cuentas un historicismo.

El fascismo posee una organización unitaria de una indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defenderse desesperadamente por la acción de las posiciones teorizadas desde hace tanto tiempo: he aquí por qué aparece no como un partido que aporte un nuevo programa, sino como una organización que lucha por un

programa que existe desde mucho tiempo atrás, el del liberalismo burgués. El agnosticismo en lo que atañe al Estado burgués, sobre el cual el manifiesto del partido fascista sirve de testigo, no debe ni puede inducir a error. Deducir que para el pensamiento y el método fascistas, la noción del Estado no es una «**categoría fija**», sería hacer un juego de palabras desprovisto de sentido. El fascismo pone al Estado y a su función en relación con una nueva categoría rica en un absolutismo no menos dogmático que ningún otro: la Nación. La mayúscula que había engrandecido la palabra Estado, el fascismo se la añade a la palabra Nación. Cómo la voluntad y la solidaridad nacionales bien podrían no ser expresiones «**históricas**» y «**democráticas**», he aquí lo que los filósofos del fascismo deberán explicarnos. Y para esto les sería necesario explicar la presunta diferencia existente entre su principio supremo, la Nación, y la real organización actual del Estado.

En realidad, el término de «**Nación**» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifiesta en el Estado. El fascismo no es más que el heredero de las nociones liberales, y su recurso al imperativo categórico de la Nación no es sino una manifestación más del embuste clásico consistente en disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante. Basta una crítica superficial para demostrar, en primer lugar, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «**categoría**» que tiene en la ideología un valor tan absoluto que aquel que ose blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... del apaleo; y en segundo lugar, que esta Nación no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria.

Muchos movimientos pequeñoburgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias –y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo– se adornan también con el epíteto «**nacional**». Sería imposible comprender cómo la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas antes que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de Nación no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La vacilación de la potente organización de los voluntarios fascistas de cara a la organización estatal no denota una independencia de movimiento por su parte, sino únicamente la existencia de una división de las funciones conforme a las exigencias de la conservación burguesa. Es precisamente por la necesidad de que el Estado guarde el derecho de presentarse como la expresión democrática de los intereses de todos, por lo que esta milicia

de clase debe necesariamente formarse fuera de él; pero demuestra ser tan poco coherente con las filosofías de las que hace gala, que en lugar de presentarse como la expresión de una élite, reduce su programa a un vago «**nominalismo**», el cual tiene entre otras la propiedad de ser democrático en el sentido tradicional y vulgar: la Nación.

El relativismo domina en todas las capas burguesas acobardadas y resignadas a la derrota, a las cuales su propia desorganización prueba que el pensamiento y la dominación burguesas están en bancarrota. Pero la organización unitaria que agrupa y encuadra a las últimas capacidades de lucha de la burguesía muestra que las fuerzas del pasado capaces de unirse todavía no lo hacen sobre la base de un programa que ofrecer a la historia del mañana (ninguna corriente burguesa, ni siquiera el fascismo, puede realizar nada parecido), y que solamente obedecen a la decisión instintiva de impedir la realización del programa revolucionario. Si este hubiese sido batido en el campo teórico, si no hubiese podido refutar las nuevas y atrayentes tesis que brillan en los artículos del líder fascista, y si la burguesía no previera en él un peligro, es decir, la realidad del mañana, el Duce podría licenciar a sus camisas negras y en nombre de la filosofía relativista y activista, abolir la disciplina inmovilista a la cual pretende ceñirlos cada vez más.

4 DE MAYO DE 1937: PLOMO, METRALLA Y CÁRCEL

[De "PROMETEO" nº 145, del 30-5-1937]

¡PROLETARIOS!

El 19 de julio de 1936 los proletarios de Barcelona, DESPROVISTOS DE ARMAS, domaron el ataque de los regimientos de Franco ARMADOS HASTA LOS DIENTES.

El 4 de mayo de 1937, estos mismos proletarios PROVISTOS DE ARMAS han dejado sobre los adoquines callejeros un número mucho más elevado de víctimas de las que se perdieron para conquistar la victoria contra Franco, y ha sido ante el gobierno antifascista del que forman parte hasta los Anarquistas y los del POUM, ha sido este gobierno antifascista a través de numerosos engranajes de su aparato, el que ha desencadenado la morralla de las fuerzas represivas contra los obreros.

El 19 de julio de 1936, los proletarios de Barcelona eran una fuerza invencible. La lucha de clase, independiente del Estado Burgués, tuvo una repercusión en el seno de los regimientos del ejército de Franco, donde acabó determinando una independencia análoga y de clase de los soldados contra sus generales: la huelga arrancó el muelle del seguro en los fusiles y en los cañones del ejército de Franco, pudiendo ser así derrotado.

La historia no conoce más que intervalos huidizos, en el curso de los cuales los organismos del proletariado pueden limitarse a mantener una posición de simple autonomía hacia el Estado Capitalista.

Algunos días después del 19 de julio, los acontecimientos llegaron a la encrucijada. O bien el proletariado pasaba a la fase superior de su lucha para la destrucción del Estado Burgués o este estado volvía a reconstruir las redes de su opresión sanguinaria sobre el proletariado. En esta fase de la lucha en la que ya no es suficiente el instinto, convirtiéndose la conciencia en elemento determinante, los obreros no pueden salvarse y vencer más que a condición de desarrollar en toda su amplitud, el trabajo penoso madurado en el curso de largos años, el trabajo que habían hecho a través de fracciones, con el fin de construir el Partido de Clase. La angustiosa tragedia del proletariado de España es el precio que ése debe pagar a causa de su inmadurez para crear el partido de Clase, el cerebro que, SOLO, puede dar fuerza de vida a todos los miembros de su cuerpo social.

En el curso de los primeros días de la lucha los organismos autónomos de los obreros, habían crecido desde el terreno de clase donde el proletariado se encontraba y combatía. En la segunda fase de la lucha, el dilema se planteó en toda su terrible significación: o completar,

a través de la lucha política contra el Estado capitalista, los éxitos en los órganos del Estado capitalista.

Las clases luchan con los medios que le vienen impuestos por las situaciones y el grado de su tensión. Frente a un incendio de clase, el capitalismo ni siquiera podía pensar en aferrarse a los clásicos métodos de la legalidad. Lo que le amenazaba era la independencia de la lucha obrera, su lucha autónoma potente, amenazaba con alcanzar la otra etapa de la lucha por la revolución. Lo que necesitaba era volver a rehacer las filas para recuperar su control sobre los explotados. Estas filas que antes fueron de la magistratura, de la policía, de las prisiones, en la extrema situación en Barcelona, se convirtieron en Comités de Milicias, en industrias socializadas, sindicatos gerentes de los más importantes departamentos de la economía y en las patrullas de vigilancia.

Los acontecimientos volvieron a plantear el dilema que había conducido al desastre al proletariado de Italia y de Alemania. Los obreros conservan, en manos de su clase, el organismo que conquistan con la lucha contra el enemigo, con la condición de dirigirlo contra el Estado, que es la máquina de opresión de la burguesía. Los obreros fecundan a su verdugo de mañana si no tienen la fuerza para vencer al enemigo que quiere atraerles al aparato de su dominación. La milicia proletaria del 19 de julio es un organismo proletario, la milicia "proletaria" de la semana siguiente es un órgano capitalista, apropiado para la situación del momento. Para tener éxito en su cínico y sanguinario plan, la burguesía pudo recurrir a los centristas (PCE), a los socialistas, a la CNT, a la FAI y al POUM, que hicieron creer a los obreros que EL ESTADO CAMBIABA DE NATURALEZA POR EL HECHO DE QUE EL PERSONAL QUE LO GESTIONABA HABÍA CAMBIADO DE COLOR. El capitalismo, travistiéndose bajo la bandera roja, se aprestaba de nuevo a sacar la espada de su represión, y el 4 de mayo ha sido preparado por todas las fuerzas que, el 19 de julio, le rompieron la columna vertebral de clase al proletariado español. El hijo de Noske y de la constitución de Weimar es Hitler; el hijo de Giolitti y del control de la producción es Mussolini; el hijo de los anarquistas, socialistas, centristas (PCE) y POUM españoles, de la socialización de la milicia "proletaria", es la carnicería del 4 de mayo en Barcelona.

Sólo el proletariado ruso respondió a la caída del zarismo con el 20 de Octubre de 1917, porque sólo él llegó a construir el partido de clase madurado con el trabajo de fracción precedente.

¡PROLETARIOS!

Ha sido bajo la dirección de un gobierno sostenido por el Frente Popular donde Franco había preparado minuciosamente su ataque. Ha sido por el camino de una conciliación donde Barrios trata de formar, el

19 de julio un gobierno único, que dirija los negocios para el dominio del capitalismo, con un gobierno único bajo la dirección de Franco y bajo la dirección mixta de su personal de derechas y de izquierdas, fraternalmente unidos. Ha sido la insurrección obrera de Barcelona, de Madrid, de Asturias, la que obliga al capitalismo a desdoblarse al gobierno, encargando al republicano y al militar dos funciones íntimamente ligadas por una complicidad indisoluble.

En todos los lugares donde Franco no había llegado a obtener su victoria inmediata, el capitalismo os llamó a los obreros a que le siguiérais para combatir al fascismo. Cruel trampa que vosotros habéis pagado con millares de vuestras víctimas. Vosotros habéis creído en los flautistas del Frente Popular y de sus anexos que, sin luchar contra el gobierno republicano y capitalista, controlándolo bajo su dirección, vosotros podíais aplastar al hijo legítimo del capitalismo: el fascismo.

Y vosotros, proletarios, habéis partido para las colinas de Aragón, las montañas de Guadarrama y de Asturias por la victoria de la guerra antifascista. Una vez más como en 1914, la historia ha excavado la terrible, fatal y sanguinaria oposición de clase sobre vuestros cuerpos y vuestras vidas ¿Son los Frentes Militares, una necesidad impuesta por las situaciones a los obreros? No, una necesidad para el capitalismo, para coparos y aplastaros: el 4 de mayo de 1937 ha probado luminosamente que la necesidad para el proletariado era la de combatir contra su enemigo republicano con el mismo objetivo que contra Franco. Los Frentes militares eran vuestros cementerios porque eran los frentes del capitalismo contra el proletariado. A esta guerra, vosotros no le podíais oponer más que la divisa del proletariado ruso, consistente en actuar por la derrota militar de los dos gobiernos: el de Franco, y el otro republicano, para transformar la guerra del capitalismo contra el proletariado en guerra civil de la clase obrera que lucha por la destrucción de los dos troncos del Estado burgués.

La Fracción Italiana sola, en un aislamiento cruel, que debía temperar la única solidaridad de la corriente de la Liga de los Comunistas Internacionales de Bélgica, que fundó a continuación la *"Fracción Belga de la izquierda comunista internacional"*, estas dos corrientes solas lanzaron la alarma, mientras que en todas partes se defendía la necesidad de salvaguardar las *"Conquistas de la revolución"*, de derrotar a Franco para combatir mejor a Largo Caballero después, de cubrirse con los galones de la revolución partiendo para los frentes militares. Los acontecimientos de Barcelona han dado una confirmación lúgubre a nuestras posiciones primitivas, y el Frente Popular (en el que se han integrado los anarquistas y el POUM) se ha arrojado sobre los obreros insurgentes del 4 de mayo de 1937 con una crueldad igual a la de Franco.

Las vicisitudes de las batallas militares han sido otras tantas ocasiones

para el gobierno republicano para reforzar su control sobre los explotados. A falta de una política consciente y de clase para la derrota militar, los éxitos, como las derrotas militares del ejército republicano, han sido utilizados por el enemigo con el sólo objetivo de masacrar obreros. En Badajoz, Irún, Toledo y San Sebastián, la derrota republicana representaba la entrega a Franco por parte del Frente Popular de los destacamentos de los proletarios desarmados, que así podía exterminarlos, mientras que, de modo automático, el gobierno republicano se aprovechaba de la derrota para consolidar los lazos de la Unión Sagrada bajo el pretexto de que un ejército centralizado y disciplinado era necesario para vencer la guerra antifascista. Por otra parte, la resistencia victoriosa de Madrid contra Franco, aportaba la ocasión a Largo Caballero y Companys para un primer ataque del Frente Popular que pudo desembarazarse de sus servidores de ayer, el POUM, y preparar el ataque del 4 de mayo de 1937. La caída de Málaga estrechó nuevamente las sanguinarias filas de la Unión Sagrada, siendo la victoria militar (de los republicanos) de Guadalajara la que abre el periodo que debía concluirse con la carnicería del 4 de mayo en Barcelona. En todas partes se gritaba el Plan de la Victoria, habiéndose preparado el ataque del 4 de mayo en una atmósfera de borrachera de guerra antifascista.

Entre tanto, en todos los países, la guerra del capitalismo contra el proletariado en España alimentaba la cruel represión contra los obreros. Los muertos fascistas y antifascistas de España llevaban consigo a su tumba a los asesinados en Moscú, a los ametrallados en Clichy (Francia); mientras que evocaban la hecatombe de los proletarios antifascistas, los traidores han impulsado a los obreros de Bruselas a coaligarse, a formar un bloque con su capitalismo en las elecciones del 11 de abril de 1937.

"Armas para España", tal ha sido la consigna central que los obreros de todos los países han escuchado de sus traidores ¡Y estas armas han disparado sobre los obreros de Barcelona! Rusia, que había enviado las armas para los éxitos de la guerra antifascista ha representado el armazón capitalista para la masacre reciente. A las órdenes de Stalin, que baboseó su rabia anticomunista el 5 de marzo, el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña - PCE Catalán) de Cataluña tomó la iniciativa de la masacre. Una vez más, como en 1914, las armas debían servir al capitalismo para que los obreros maten a sus hermanos de clase, en lugar de servir para la destrucción del régimen de opresión capitalista.

¡PROLETARIOS!

Los obreros de Barcelona han retomado, el 4 de mayo de 1937, el camino que habían abierto el 19 de julio, de donde les había podido expulsar el capitalismo apoyándose en el Frente Popular y en todos sus

anexos. Han hecho huelga en todas partes, incluso allí donde les fueron representadas por los traidores como "*conquistas de la revolución*". Han luchado contra el gobierno de Franco. Y el gobierno republicano ha respondido con tanta salvajada como lo ha hecho Franco en Badajoz e Irún, mientras que el gobierno de Salamanca, de hecho no se ha aprovechado del debilitamiento del Frente de Aragón para desencadenar un ataque militar, porque sintió que su cómplice de izquierda hacía, admirablemente bien, el trabajo de verdugo contra el proletariado.

Extenuado por diez meses de guerra y de colaboración con la burguesía, cuyos artífices han sido la CNT y la FAI y el POUM, el proletariado de Barcelona ha sufrido una derrota terrible. Pero esta derrota es también una etapa de la victoria del proletariado, un momento de su emancipación, porque marca el final de todas las ideologías que habían permitido al capitalismo salvar su régimen resquebrajado por el gigantesco sobresalto proletario del 19 de julio.

Los proletarios caídos el 4 de mayo no pueden ser reivindicados por ninguna de las organizaciones que, el 19 de julio, permitiendo la extirpación del proletariado de su terreno de clase, y arrojándolo en el terreno opuesto, en el del capitalismo y del antifascismo, preparó así el 4 de mayo de 1937.

Los proletarios caídos pertenecen al proletariado y únicamente a éste. Estos proletarios representan las membranas del cerebro de la clase obrera mundial y del partido de clase de la revolución comunista.

Los obreros del mundo entero se inclinan sobre los muertos y levantan los cadáveres contra los traidores: los de ayer como los de hoy. El proletariado mundial saluda, en Berneri, a uno de los suyos, y su inmolación sobre el ideal anarquista, su cadáver, es una protesta contra una escuela política que se ha hundido en el curso de los acontecimientos de España: es bajo un gobierno con participación anarquista bajo el que ha repetido la política, sobre el cuerpo de Berneri, las gestas de Mussolini sobre el cuerpo de Mateotti.

¡PROLETARIOS!

La masacre de Barcelona es la guía para represiones aún más violentas contra los obreros de España y de todo el mundo, pero ese es, además, el signo anunciador de tempestades sociales en otros países. El capitalismo ha debido consumir, en sólo diez meses, el capital que tenía en reserva para emplearlo con el fin de demoler al proletariado y de desbaratar el trabajo que éste realiza para fundar, a través de su partido de clase, el arma de su emancipación y de la construcción de la sociedad comunista. Centrisimo y anarquismo han alcanzado a la socialdemocracia: han llegado, en España, al término de su evolución, como la Segunda

Internacional, que fue reducida al estado cadáver por la guerra de 1914.

Una batalla internacional y en el frente capitalista se ha librado en España: la del fascismo y del antifascismo, una batalla que, por haberse desarrollado a través de la forma extrema de las armas, revela además una tensión extrema de las relaciones de clase a escala internacional.

Los muertos de Barcelona desbrozan el terreno para la construcción del partido de mañana de la clase obrera. Todas las fuerzas políticas que han llamado a los obreros a luchar para sacar la lucha por la revolución desde dentro de una guerra del capitalismo contra el proletariado, sin romper con esa guerra, ya se encuentran TODAS en la otra parte de la barricada y, ante los obreros de todo el mundo se abre el luminoso horizonte en el que los muertos de Barcelona han escrito con su sangre una nueva página que se añade a las que escribieron los muertos de 1914/18: la lucha de los obreros es proletaria con la sola condición de que se dirija contra el capitalismo y contra su estado, sirviendo los intereses del enemigo si no se dirige contra el capitalismo en todo instante; se convierten en instrumentos del enemigo si estos no se mantienen en oposición constante contra él, en todos los campos y en todos los organismos que las situaciones hacen surgir.

El proletariado mundial luchará contra el capitalismo incluso cuando éste pase a la represión contra sus servidores de ayer. Es la clase obrera y jamás su enemigo, la que está encargada de ajustar las cuentas con los que han plasmado y reflejado una fase de su evolución, un momento de la lucha por la emancipación de la esclavitud del capitalismo.

La batalla internacional del capitalismo contra el proletariado que se está llevando a cabo en España abre un nuevo capítulo internacional de la vida de las fracciones (de las oposiciones de izquierda) en todos los países. El proletariado mundial que continúa combatiendo contra los constructores de internacionales, sabe que puede fundar estos organismos únicamente cuando las situaciones determinan un desbarajuste de las relaciones de clase, abriendo así la vía para la revolución comunista. Pero el proletariado mundial, en el frente de una batalla internacional que anuncia el estallido de tormentas revolucionarias en otros países, siente que ha llegado el momento de preceder a la construcción del primer lazo internacional de las fracciones de la izquierda comunista.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES!

Vuestra clase es invencible, representa el motor de la evolución histórica; los acontecimientos de España lo prueban ya que es sólo ella la que ha formado el correo de los acontecimientos que han conmocionado al mundo entero.

No es la derrota lo que os puede desmoralizar: de esta derrota sacaréis las enseñanzas para la victoria de mañana.

¡Sobre vuestras bases de clase reconstruiréis vuestra unidad más allá de las fronteras y contra todas las mistificaciones del enemigo capitalista!

¡Contra las tentativas de compromisos para acabar la guerra en la “*paz social*” de la explotación capitalista, responded con la confraternización de los explotados de los dos ejércitos, por la lucha simultánea contra el capitalismo!

¡Alzándose por la lucha revolucionaria en todos los países!

¡Viva los proletarios de Barcelona, que han escrito, con su sangre, una nueva página del libro de la Revolución Comunista!

¡Adelante, por la reconstrucción del Bureau Internacional de las fracciones de izquierda en todos los países!

Levantemos el estandarte de la revolución comunista, que los verdugos fascistas y antifascistas son incapaces de destruir. Los proletarios caen en todos los países para transmitir el estandarte de la revolución a sus hermanos que continúan la lucha. ¡El capitalismo ha trinchado, ha cortado, centenares de manos que lo llevaban en Barcelona!

¡Seamos dignos de nuestros hermanos caídos!

¡Viva la revolución comunista en el mundo!

(Las Fracciones Belga e Italiana de la Izquierda Comunista Internacional)

AUSCHWITZ O LA GRAN COARTADA

[de "Programme Communiste", n°11, abril-junio de 1960]

La prensa de izquierda acaba de mostrar de nuevo que el racismo, y esencialmente el antisemitismo, constituye una suerte de Gran Coartada del antifascismo: es su bandera favorita y al mismo tiempo su último refugio en la discusión. ¿Quién se resiste a la evocación de los campos de exterminio y de los hornos crematorios? ¿Quién no se inclina ante seis millones de judíos asesinados? ¿Quién no tiembla ante el sadismo de los nazis? Por tanto, ésta es una de las más escandalosas mistificaciones del antifascismo, y nosotros debemos desmontarla.

Un reciente informe del M.R.A.P³ atribuye al nazismo la responsabilidad de la muerte de 50 millones de seres humanos entre ellos 6 millones de judíos. Esta posición, que identifica al "fascismo-hacedor-de-guerras" que dicen los supuestos comunistas, es una posición típicamente burguesa. Rehusando ver en el capitalismo mismo la causa de las crisis y de los cataclismos que devasta periódicamente el mundo, los ideólogos burgueses y reformistas han pretendido siempre explicarlos por la maldad de unos u otros. Se ve aquí la identidad fundamental de las ideologías (si se osa decir) fascistas y antifascistas: las dos proclaman que son los pensamientos, las ideas, las voluntades de los grupos humanos y sociales quienes determinan los fenómenos sociales. Contra estas ideologías, que nosotros llamamos burguesas porque son ideologías en defensa del capitalismo, contra todos estos "idealistas" pasados, presentes y futuros, el marxismo ha demostrado que son por el contrario los movimientos sociales quienes determinan los movimientos de ideologías. Es ésta la base misma del marxismo, y para rendir cuentas en este punto nuestros pretendidos marxistas han renegado lo suficiente para ver que en su casa todo pasa en la idea: el colonialismo, el imperialismo, el capitalismo mismo, no son más que estados mentales. Y de golpe todos los males que sufre la humanidad son debidos a malos factores: factores de miseria, factores de opresión, factores de guerra, etc. El marxismo ha demostrado que por el contrario la miseria, la opresión, las guerras y las destrucciones, lejos de ser anomalías debidas a voluntades deliberadas y malélicas, forman parte del funcionamiento "normal" del capitalismo. Lo que se aplica en particular a las guerras de la época imperialista. Y hay un punto que desarrollaremos un poco más, a causa de la importancia que representa para nuestro sujeto: es el de la destrucción.

Incluso ahora que nuestros burgueses o reformistas reconocen que

³ Movimiento contra el Racismo, el Antisemitismo y por la Paz.

las guerras imperialistas son debidas a conflictos de intereses, se guardan muy bien por otra parte de comprender el capitalismo. Se debe a su incomprensión del sentido de la destrucción. Para ellos, el objetivo de la guerra es la Victoria, y las destrucciones de hombres y de instalaciones provocadas en el territorio del adversario no son más que medios para llegar a este objetivo. ¡A tal punto que los inocentes prevén guerras hechas a base de somníferos! Nosotros hemos demostrado que por el contrario la destrucción es el objetivo principal de la guerra. Las rivalidades imperialistas que son la causa inmediata de las guerras, no son ellas mismas sino la consecuencia de la superproducción siempre creciente. La producción capitalista está en efecto, obligada a acelerarse a causa de la caída de la tasa de beneficio y de la crisis nacida de la necesidad de aumentar sin cesar la producción y de la imposibilidad de vender sus productos. La guerra es la solución capitalista de la crisis; la destrucción masiva de instalaciones, de medios de producción y de productos permite a la producción recuperarse, y la destrucción masiva de hombres remedia la "sobre-población" periódica que va de la mano con la sobre-producción. Hay que ser un iluminado pequeño burgués para creer que los conflictos imperialistas podrán arreglarse todos también, bien a los naipes o alrededor de una mesa redonda y que estas enormes destrucciones y la muerte de decenas de millones de hombres no son debidas más que a la obstinación de unos, la maldad de otros y la codicia de los últimos.

Ya en 1844, Marx reprochaba a los economistas burgueses el considerar la codicia como innata en lugar de explicarla, y mostraba por qué los codiciosos estaban obligados a ser más codiciosos. Es también desde 1844 que el marxismo ha mostrado cuáles eran las causas de la "superpoblación". *"La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres, como cualquier otra mercancía. Si la oferta sobrepasa en mucho a la demanda una parte de los trabajadores cae en la mendicidad y muere de hambre"* escribe Marx. Y Engels: *"No hay superpoblación más que allí donde hay demasiadas fuerzas productivas en general"* y *"... (lo hemos visto) que la propiedad privada ha hecho del hombre una mercancía donde la producción no depende más que de la demanda, que la competencia ha degollado y degüella también cada día millones de hombres..."*⁴. La última guerra imperialista, lejos de desmentir al marxismo y de justificar su "puesta al día" ha confirmado la exactitud de nuestras explicaciones.

Era necesario aclarar estos puntos antes de ocuparnos del exterminio de los judíos. El cual, en efecto, ha tenido lugar no en cualquier momento, sino en plena crisis y guerra imperialista. Es pues en

⁴ Citas extraídas de los manuscritos de 1844.

el interior de esta gigantesca empresa de destrucción donde es necesario explicarlo. El problema se encuentra de hecho aclarado, no tenemos que explicar más el "nihilismo destructor" de los nazis, pero sí por qué la destrucción se ha concentrado en parte sobre los judíos. Sobre este punto, también, nazis y antifascistas están de acuerdo: es el racismo, el odio a los judíos, es una "pasión", libre y feroz, lo que ha causado la muerte de los judíos. Pero nosotros, marxistas, sabemos que no hay pasiones sociales libres, que nada está más determinado que los grandes movimientos de odio colectivo. Vemos que el estudio del antisemitismo de la época imperialista no hace más que ilustrar esta verdad.

Es intencionadamente que decimos: el antisemitismo de la época imperialista, pues si los idealistas de todos los pelajes, desde los nazis a los teóricos "judíos", consideran que el odio a los judíos es el mismo en todos los tiempos y en todos los lugares, nosotros sabemos que no es así. El antisemitismo de la época actual es totalmente diferente al de la época feudal⁵. No podemos desarrollar aquí la historia de los judíos, que el marxismo ha explicado totalmente. Sabemos por qué la sociedad ha mantenido a los judíos como tales; sabemos que si las burguesías fuertes, las que han podido hacer pronto su revolución política (Inglaterra, Estados Unidos, Francia), han asimilado casi totalmente a sus judíos, las burguesías débiles no han podido hacerlo. No tenemos que explicar aquí la supervivencia de los "judíos", pero sí el antisemitismo de la época imperialista. Y no será difícil de explicar si, en lugar de ocuparnos de la naturaleza de los judíos o de los semitas, consideramos su lugar en la sociedad.

Tras su historia anterior, los judíos se encuentran hoy esencialmente en la media y pequeña burguesía. Entonces esta clase está condenada por el avance irresistible de la concentración del capital. Esto es lo que nos explica que ella esté en el origen del antisemitismo, que no es, como ha dicho Engels, *"nada más que una reacción de las capas sociales feudales, condenadas a desaparecer, contra la sociedad moderna que se compone esencialmente de capitalistas y de trabajadores. No sirve, pues, más que a fines reaccionarios bajo un velo pretendidamente socialista"*.

La Alemania de entre-guerras nos muestra esta situación en un

⁵ El comercio, y sobre todo el comercio de la plata, era extraño al esquema fundamental de la sociedad feudal, y recaía sobre gente de fuera de esta sociedad, generalmente judíos. El ostracismo que les golpeaba traducía la tentativa del feudalismo de mantener esas actividades al margen de la sociedad. Pero el comercio y la usura eran las formas primarias del capital: el odio a los judíos condensaba de forma mistificada e inadecuada la resistencia que las clases de la sociedad feudal, del campesino al hidalgo pobre pasando por el artesano y el clero, oponían al desarrollo irresistible del mercantilismo que disolvía su orden social. Incluso después de la introducción del capitalismo productivo y de la gran industria, la tradición "popular" pequeño burguesa ha continuado identificando frecuentemente el Judío y el Capital.

estado particularmente agudo. Debilitado por la guerra, el brote revolucionario de 1918-28, siempre amenazado por la lucha del proletariado, el capitalismo alemán sufre profundamente la crisis mundial de post-guerra. Ahora que las burguesías victoriosas más fuertes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia), resultan relativamente poco dañadas, y remontan fácilmente la crisis de "readaptación de la economía a la paz", el capitalismo alemán cae en un completo marasmo. Y son posiblemente los pequeños y medianos burgueses los que más la padecen, como en todas las crisis que conducen a la proletarización de las clases medias y a una concentración creciente del capital mediante la eliminación de una parte de las pequeñas y medianas empresas. Pero aquí la situación era tal que los pequeños burgueses arruinados, en quiebra, embargados, en liquidación, no podían ni siquiera caer en el proletariado, él mismo duramente tocado por el paro (7 millones de parados en el paroxismo de la crisis): caían, pues, directamente al estado de mendigos condenados a morir de hambre tras el agotamiento de sus reservas. Es en reacción a esta terrible amenaza que la pequeña burguesía ha "inventado" el antisemitismo. No tanto, como dicen los metafísicos, para explicar los males que la golpeaban, como para intentar conservarse concentrándolos en uno de sus grupos. A la horrible presión económica, a la amenaza de destrucción difusa que creaba la existencia incierta de cada uno de sus miembros, la pequeña burguesía prefirió sacrificar una de sus partes, esperando así salvar y asegurar la existencia de las otras. El antisemitismo no proviene pues, de un "plan maquiavélico" de "ideas perversas": resulta directamente de la presión económica. El odio a los judíos, lejos de ser la razón a priori de su destrucción, no es más que la expresión de este deseo de delimitar y concentrar sobre ellos la destrucción.

A veces incluso los obreros caen en el racismo. Es cuando están amenazados por el paro masivo, intentan concentrarlo sobre ciertos grupos: italianos, polacos u otros "metecos", "moros", negros, etc. Pero en el proletariado estos hechos no tienen lugar más que en los peores momentos de desmoralización, y no duran. Desde que entra en lucha, el proletariado ve clara y concretamente donde está el enemigo: es una clase homogénea que tiene una perspectiva y una misión histórica.

La pequeña burguesía, por el contrario, es una clase condenada. Y de golpe está condenada también a no poder entender nada, ha sido incapaz de luchar: no puede más que debatirse ciegamente en la presa que la tritura. El racismo no es una aberración del espíritu: es y será la reacción pequeño burguesa a la presión del gran capital. La elección de la "raza", es decir, del grupo sobre el cual intentar concentrar la destrucción, depende evidentemente de las circunstancias. En Alemania, los judíos cumplían las "condiciones requeridas" y eran sólo ellos los que

las cumplían: eran casi exclusivamente pequeño burgueses, y, en esta pequeña burguesía, el único grupo suficientemente identificable. Es por lo que la pequeña burguesía podía canalizar la catástrofe sobre ellos.

Era en efecto necesario que la identificación no presentara dificultad: había que poder definir exactamente quién sería destruido y quién sería perdonado. De ahí la decepción de los abuelos bautizados que, en contradicción flagrante con las teorías de la raza y de la sangre, bastaba para demostrar la incoherencia. ¡Pero también había lógica! El demócrata que se contenta con demostrar el absurdo y la ignominia del racismo da de lado, como es habitual, a la cuestión.

Hostigada por el capital, la pequeña burguesía alemana, ha arrojado, pues, a los judíos a los lobos para mitigar su arrastre y salvarse. Naturalmente, no de manera consciente, pero era éste el sentido de su odio a los judíos y de la satisfacción que le produce el cierre y el pillaje de los negocios judíos. Podría decirse que el gran capital, por su parte, estaba encantado de su suerte: podía liquidar a una parte de la pequeña burguesía de acuerdo con la pequeña burguesía; mejor, es la pequeña burguesía misma la que se encarga de esta liquidación. Pero esta forma "personalizada" de presentar al capital no es más que una mala imagen: el capitalismo no sabe lo que hace, no más que la pequeña burguesía. El súbito apremio económico inmediato sigue pasivamente las líneas de menor resistencia.

No hemos hablado del proletariado alemán. Es porque no ha intervenido directamente en este asunto. Había sido batido y, bien entendido, la liquidación de los judíos no pudo ser realizada más que tras su abatimiento.

Pero las fuerzas sociales que condujeron a esta liquidación existían antes de la derrota del proletariado. Ésta solamente se ha podido "realizar" dejando las manos libres al capitalismo.

Es entonces cuando comienza la liquidación económica de los judíos: expropiación en todas sus formas, evicción de las profesiones liberales, de la Administración, etc. Poco a poco, los judíos fueron privados de todo medio de existencia, vivían de las reservas que habían podido salvar. Durante todo este periodo que va hasta la víspera de la guerra, la política de los nazis contra los judíos tiene dos palabras: ¡Juden Raus! ¡Judíos fuera! Se busca por todos los medios favorecer la emigración de los judíos con los que no sabía qué hacer, si los judíos por su parte no podían más que irse de Alemania, nadie quería dejarlos entrar. Y esto no es extraño, nadie podía dejarlos entrar: no había ningún país capaz de absorber y hacer vivir algunos millones de pequeños burgueses arruinados. Sólo una pequeña parte de los judíos pudo partir. La mayor parte se quedó, a pesar de ellos y a pesar de los nazis. Suspendida en el aire su suerte.

La guerra imperialista agravó su situación a la vez cuantitativa y cualitativamente. Cuantitativamente, porque el capitalismo alemán, obligado a reducir la pequeña burguesía para concentrar en sus manos el capital europeo, extendió la liquidación de los judíos a toda Europa Central. El antisemitismo había hecho sus pruebas; no tenía más que continuar. Esto responde de entrada al antisemitismo indígena de la Europa Central, aunque fuese más complejo (una horrible mezcla de antisemitismo feudal y pequeño burgués, en un análisis en el cual no podemos entrar aquí).

Al mismo tiempo la situación se agravó cualitativamente. Las condiciones de vida se habían vuelto muy duras por la guerra; las reservas de los judíos se acababan; estaban condenados a morir de hambre en poco tiempo.

En época "normal", el capitalismo puede dejar reventar solos a los hombres que arroja del proceso de producción. Pero le era imposible en plena guerra y para millones de hombres: tal "desorden" lo había paralizado todo. Es preciso que el capitalismo organice su muerte.

Por otra parte, no les mató enseguida. Para empezar, les retiró de la circulación, les reagrupó, concentró. Les hizo trabajar subalimentándolos, es decir sobre-explotándolos a muerte. Matar a un hombre en el trabajo es un viejo método del capital. Marx escribía en el 1844: "Para ser librada con éxito, la lucha industrial exige numerosos ejércitos que se puedan concentrar en un punto y diezmar copiosamente". Es preciso que esta gente subvenga en el frescor de su vida, en tanto que viven, y a los que se les deja morir seguidamente. Y que ellos produzcan plusvalía también en el tiempo que sean capaces. Puesto que el capitalismo no puede ejecutar a los hombres que ha condenado, saca provecho incluso de esta puesta en escena de la muerte.

Pero el hombre es avaro. Incluso reducidos al estado de esqueletos, no dejan de estar vivos. Hay que masacrar a los que no puedan trabajar más, pues de ellos no se tiene necesidad porque los avatares de la guerra vuelven su fuerza de trabajo inutilizable.

El capitalismo alemán se resignó mal por otra parte al asesinato puro y simple. No ciertamente por humanitarismo, sino porque no le reportaba nada. Es así como nació la misión de Joel Brand, de la que hablaremos porque arroja luz sobre la responsabilidad del capitalismo mundial⁶. Joel Brand era uno de los dirigentes de una organización semiclandestina de los judíos húngaros. Esta organización buscaba salvar a los judíos por todos los medios: escondites, emigración clandestina, y también corrupción de las S.S. Las S.S. de los Comandos judíos (Juden-Kommando) toleraban estas organizaciones a las que intentaban más o

⁶ Ver: Historia de Joel Brand por Alex Weissberg: Ediciones de Seuil.

menos utilizar como "auxiliares" para las operaciones de redadas y selección.

En abril de 1944, Joel Brand fue convocado al Juden-Kommando de Budapest para encontrarse con Eichmann, que era el jefe de la sección judía de las S.S. Y Eichmann, con el acuerdo de Himmler, le encarga la siguiente misión: ir a la embajada Anglo-americana para negociar la venta de un millón de judíos. Las S.S pedían a cambio 10.000 camiones, pero estaban abiertos a todas las negociaciones, tanto sobre la naturaleza como sobre la cantidad de las mercancías. Proponían, además, la liberación de 100.000 judíos desde la aceptación del acuerdo, para mostrar su buena fe. Era un negocio serio.

¡Desgraciadamente, si la oferta existía, no había demanda! ¡No sólo los judíos, sino también las S.S se habían dejado coger por la propaganda humanitaria de los aliados! ¡Los Aliados no querían este millón de judíos! ¡Ni por 10.000 camiones, ni por 5.000, ni por nada!

No podemos entrar en el detalle de los contratiempos de Joel Brand. Parte para Turquía y se debate en las prisiones inglesas de Oriente Próximo. Los Aliados rehúsan "tomar este negocio en serio", haciendo todo lo posible para ahogarlo y desacreditarlo. Finalmente, Joel Brand encuentra en El Cairo a Lord Mayne, ministro de Estado británico para Próximo Oriente. Le suplica obtener al menos un acuerdo mutuo; que podría abandonar después: eso sería siempre 100.000 vidas salvadas:

"- ¿Y cuál sería el monto total?

-Eichmann habla de un millón.

- ¿Cómo imagina Vd. una cosa parecida Mr. Brand? ¿Qué haría yo con un millón de judíos? ¿Dónde los metería? ¿Quién los acogería?

*- Si la Tierra no tiene sitio para nosotros, sólo nos queda dejarnos exterminar, dice Joel Brand desesperado."*⁷

Las S.S han sido más lentas de comprensión: ¡ellos creían en los ideales de Occidente! Tras el fracaso de la misión de Joel Brand y en medio del exterminio, intentaron todavía vender los judíos al Joint⁸, haciendo incluso una "entrega a cuenta" de 1.700 judíos a Suiza. Pero aparte de ellos nadie quería concluir este negocio.

Joel Brand lo había comprendido, o casi. Había comprendido donde estaba la situación, pero no por qué estaba ahí. No era la Tierra la que no tenía sitio, sino la sociedad capitalista. Y ello, no porque fueran judíos, sino porque eran rechazados del proceso de producción, inútiles a la producción.

Lord Mayne fue asesinado por dos terroristas judíos, y J. Brand supo más tarde que se había compadecido frecuentemente del destino trágico

⁷ En Historia de Joel Brand. Op.Cit.

⁸ Joint Jewish Comitee, Organización de Judíos Americanos.

de los judíos. "Su política le fue dictada por la Administración inhumana de Londres". Pero Brand no comprende que esta Administración no es más que la administración del capital y que es el capital el que es inhumano. Y el capital no sabía qué hacer con esta gente. Incluso no sabía qué hacer con los raros supervivientes, esas "personas desplazadas" que no sabía dónde colocar.

Los judíos supervivientes han conseguido finalmente hacer un sitio. Por la fuerza, y aprovechando la coyuntura internacional, el Estado de Israel ha sido formado. Pero incluso esto no ha sido posible más que "desplazando" otras poblaciones: los centenares de miles de refugiados árabes arrastran pues su existencia inútil (¡para el capital!) en los campos de alojamiento.

Hemos visto cómo el capitalismo ha condenado a millones de hombres a morir cuando los rechaza la producción. Hemos visto cómo les ha masacrado extrayéndoles toda la plusvalía posible. Nos queda por ver cómo les explota incluso después de muertos.

Son en principio los imperialistas del campo aliado los que se sirven de ellos para justificar su guerra y justificar tras su victoria el trato infame infligido al pueblo alemán. ¡Cómo se precipitó sobre los campos y los cadáveres, paseando por todas partes horribles fotos y clamando: ved qué cerdos son estos boches!⁹ ¡Cómo teníamos razón al combatirlos! ¡Y cómo tenemos razón ahora haciéndoles pasar necesidades! Cuando se piensa en los crímenes inenarrables del imperialismo; cuando se piensa, por ejemplo, que en el mismo momento (1945) en que nuestro Thorez cantaba su victoria sobre el fascismo, 45.000 argelinos (¡provocadores fascistas!) caían bajo los golpes de la represión; cuando se piensa que es el capitalismo mundial el responsable de las masacres, el innoble cinismo de esta satisfacción hipócrita da verdaderamente náuseas.

Al mismo tiempo todos nuestros buenos demócratas antifascistas se arrojan sobre los cadáveres de los judíos. Y después los agitan bajo la nariz del proletariado. ¿Para hacerle sentir la infamia del capitalismo? No, al contrario; para hacerle apreciar por contraste la verdadera democracia; el verdadero progreso, el bienestar que poseen en la sociedad capitalista. Los horrores de la muerte capitalista deben hacer olvidar al proletariado los horrores de la vida capitalista y el hecho de que están indisolublemente ligados. Las experiencias de los médicos de las S.S deben hacer olvidar que el capitalismo experimenta en masa productos cancerígenos, los efectos del alcoholismo sobre la herencia, la radiactividad de las bombas "democráticas". Si se muestran las pantallas de piel humana, es para hacer olvidar que el capitalismo ha transformado al hombre vivo en una pantalla. Las montañas de cabellos, los dientes de

⁹ NDR: Forma despectiva francesa de referirse a los alemanes.

oro, el cuerpo del hombre muerto convertido en mercancía deben hacer olvidar que el capitalismo ha hecho del hombre vivo una mercancía. Es el trabajo, la vida misma del hombre lo que el capitalismo ha transformado en mercancía. Ésta es la fuente de todos los males. Utilizar los cadáveres de las víctimas del capital para intentar esconder la verdad, servirse de los cadáveres para la protección del capital es sin lugar a dudas la más infame forma de explotarlos hasta el final.

RECORDANDO LA COMUNA DE VARSOVIA (1944)

[de "Il Programma Comunista", nn. 23-1953 y 1-1954]

La cuarta repartición de Polonia (las precedentes tuvieron lugar por obra de Rusia, Austria y Prusia respectivamente el 5 de agosto de 1772, el 4 de abril de 1793 y el 24 de octubre de 1795) fue sancionada por la Alemania hitleriana y la Rusia estaliniana con el pacto de no agresión ruso-alemán del 23 de agosto de 1939. Operando en concordancia con los ejércitos nazis, ya patrones de la mitad del territorio polaco, las tropas soviéticas atacaron e invadieron desde el este Polonia el 17 de setiembre de 1939. La partición se convertía así un hecho histórico. Aplicando otras cláusulas del Pacto Ribbentrop-Molotov, las tropas rusas ocupaban también Bucovina, Bessarabia y los estados bálticos.

El pacto ruso-alemán que la historiografía áulica del Kremlin ha intentado, a partir de 1941, presentar como un expediente maquiavélico operado para ganar tiempo, no fue limitado a la sistematización territorial de la presa de guerra. En base a él fueron acordados los acuerdos comerciales, por los que Rusia proveyó a Alemania de fuertes cantidades de petróleo, carbón, algodón y minerales necesarios para la alimentación de la producción de guerra nazi. Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Yugoslavia, Grecia, sucesivamente plegadas y sumisas a la dominación nazi, lo fueron también por las ayudas materiales ofrecidas por Rusia al gobierno de Hitler. Bien es verdad que hoy el gobierno de Moscú se presenta como el protector paterno de la independencia de estas naciones contra el imperialismo americano y cada vez que en el parlamento francés se pone en escena el rearme alemán en el ámbito de la CED (Comunidad Europea de Defensa), estalinistas y gaullistas reclaman la validez del Pacto franco-ruso firmado en el Kremlin por Bidault y el general De Gaulle en la navidad del 1944. Pero el hecho inopugnable se mantiene: desde septiembre de 1939 a junio de 1941, la coalición Alemania-Rusia de mutuo acuerdo se repartió Europa, reservando sólo a sí misma el derecho a la independencia nacional.

De esta opinión no fueron las burguesías nacionales desposeídas y las nacionalidades proscritas y oprimidas por los invasores. La reacción a la ocupación tenía que efectuarse de todas formas en la forma y en los modos típicos de la clase burguesa, impuestos por la exigencia de la dominación de clase. Por un lado, se trabajó en constituir gobiernos de paja, los llamados gobiernos "*quisling*", voluntariamente sujetos a la voluntad de las autoridades militares ocupantes; por el otro lado se utilizó astutamente la desesperación y la revuelta de los estratos inferiores de las poblaciones, de las clases trabajadoras hambrientas y desangradas por una guerra feroz, a los fines de la resistencia nacional y

nacionalista contra el invasor. Las burguesías europeas, calculando que una paz dictada por la coalición ruso-alemana era una eventualidad improbable, por lo que urgía predisponer las condiciones de una futura inserción suya en la coalición opuesta Estados Unidos – Imperio Británico, implantaron audazmente un peligroso doble juego; pero se guardaron bien de endosarse el rol más pesado y sanguinario que fue reservado a las clases trabajadoras, atrapadas en las insidias pseudo-populares del partisanismo. La represión de las potencias ocupantes se desenfrenó con crueldad mortal. Aliados en la guerra, socios en la explotación económica de las tierras ocupadas, Alemania y Rusia, más allá de las pretendidas diferencias ideológicas, condujeron con suma concordia la despiadada represión de la resistencia nacional polaca y seguidamente destrozaron la insurrección proletaria de Varsovia.

Si los Estados mayores ruso y alemán habían procedido, en septiembre de 1939, a ocupar y repartirse Polonia, según un plan preestablecido, las policías de Estado no funcionaron con menor acuerdo. En marzo de 1940, funcionarios de la Gestapo (la famosa policía política nazi que más tarde Moscú acusaría de los peores delitos y haría juzgar severamente en los procesos de Nuremberg) se encontraron con una delegación de la NKVD (la policía especial de Beria) para acordar un plan de represión común dirigido a aplastar las organizaciones clandestinas polacas. Los estalinianos, que después de la ruptura del pacto ruso-alemán tenían que crear alrededor suyo una maravillosa mitología partisana, se mantuvieron absolutamente tranquilos durante la ocupación ruso-alemana de Polonia. Un libro sobre la resistencia polaca, recientemente aparecido "*l'Histoire d'une armée secrete*" (la Historia de un ejército secreto) de Bor-Komorowski, nos enseña que sobre 168 publicaciones antinazis en Polonia, sólo en noviembre de 1941, es decir a 5 meses de la explosión de la guerra entre los exaliados Rusia y Alemania y a veinte meses de la ocupación alemana, apareció un folleto clandestino estalinista. El escritor del libro, un polaco refugiado en Francia, debe ser del agrado de los ministerios del Exterior occidentales, pero eso no quita que todo lo que dice sobre la posición de los estalinistas polacos en la época de la ocupación rusa de Polonia corresponda a la verdad. Aceptando la ocupación rusa de la Polonia oriental los estalinianos no podían oponerse a la anexión de la parte occidental de ésta que los alemanes habían efectuado de acuerdo con los rusos.

Los resultados de la colaboración entre Gestapo y NKVD se vieron en la cruenta campaña antisemita que culminó en la destrucción del *gueto* (barrio judío) *de Varsovia* cometida por los nazis, y en la masacre de *Katyn* que costó la vida a miles de oficiales polacos, que los gendarmes de la NKVD suprimieron en una colosal ejecución en masa.

Cada uno en su zona de ocupación, y en vistas a un objetivo común, los ocupantes rusos y alemanes se propusieron desembarazarse de tal modo del enemigo interno: el judaísmo y el nacionalismo militarista polaco. En 1944, a pesar del estado de guerra, los exaliados tuvieron que conducir, por encima del frente, una terrible y sangrienta operación de limpieza de la Comuna de Varsovia insurreccionada contra el ocupante alemán, repitiendo así los nefastos de la política de los prusianos y de los franceses federados contra la Comuna de París del 1871, a pesar del armisticio, a pesar de la vergüenza de Sedan.

El Kremlin, desde abril de 1943, cuando el gobierno nazi anunció el descubrimiento de miles de cadáveres de oficiales polacos en las fosas comunes descubiertas en los bosques de Katyn, situada en la Polonia oriental ocupada por los rusos hasta el junio de 1941, y acusó a la NKVD de haber perpetrado la horrenda masacre, desde entonces el Kremlin respondió furiosamente negando la tremenda acusación. ¿Pero cómo puede negar que la supresión en masa de los judíos, al menos en los primeros tiempos, fue llevada a término por la Gestapo alemana con la complicidad tácita de las autoridades militares rusas? En aquella época, Rusia y Alemania eran aliadas: dominaban juntas sobre Polonia: desarrollaban sobre el plano internacional una política común, o convergente.

Si los estragos de Katyn fueron una asquerosa matanza de pobres cristos inermes y atados, conducidos al borde de las fosas comunes y precipitados con un tiro en la nuca, la destrucción del gueto de Varsovia que costó la vida a 400.000 judíos de ambos sexos y de todas las edades tuvo lugar en el seno de una furiosa lucha en las calles, en los sótanos, en las cloacas. Fue una guerra atroz entre gendarmes transformados por rabia en fieras antropófagas y combatientes lanzados por desesperación a un suicidio sediento de sangre y de venganza.

La masacre sistemática de los judíos empezó desde el inicio de la ocupación germana. Los nazis procedieron ante todo a eliminar las comunidades judías de las ciudades menos importantes transfiriéndolas en masa a los grandes centros habitados. En consecuencia de esto, al principio de 1942, el gueto de Varsovia contaba 400.000 personas, hombres, mujeres y niños, que vivían en espantosas condiciones por el hacinamiento y la miseria. Las autoridades alemanas concedían 4 libras y media de pan por persona al mes. Se obtenía así la supresión por hambre de miles de personas manteniendo las armas en las fundas. 130.000 judíos tomados del gueto de Lublín desaparecieron en el campo de concentración de Belzec, muertos en la cámara de gas. Durante los meses de julio y agosto los estragos continuaron: los judíos conducidos a los campos de Belzec, Sobibor, Treblinka, recibían la orden de desnudarse completamente, se los introducía en las cámaras de gas, enterrados en las

fosas comunes excavadas con medios mecánicos en la espesura de los bosques. Las noticias espeluznantes de los estragos llegaban al gueto de Varsovia enseñando a los habitantes la cruel suerte que les esperaba. Estaban presos en una trampa: no existía otra posibilidad más que escoger entre la muerte en las cámaras de gas o la muerte en combate. La noche del 19 de abril de 1943, una compañía de SS penetró en el gueto, pero se vio recibida por un nutrido fuego de fusiles y metralletas. Seguros de ser asesinados si eran tomados prisioneros, los judíos habían decidido morir con las armas en el puño. Se defendieron con furioso heroísmo desafiando durante siete días, desde el lunes de Pascua al sábado, el fuego mortífero de los cañones apuntando a una distancia cercana a las casas del gueto, los incendios provocados por zapadores, las bombas lacrimógenas. A finales de mayo la última casa fue destruida y el último judío muerto.

La propaganda dirigida desde Moscú ha levantado en ocasión de la ejecución de los cónyuges Rosemberg, de nacionalidad israelí, fieros ataques al gobierno americano acusándolo de fomentar el antisemitismo. El odio de raza, especialmente contra los negros, mancha de infamia a la burguesía americana. Pero es de todas formas verdad, que la campaña de exterminio conducida por los nazis contra los judíos polacos fue iniciada en la época en la cual los rusos ocupaban en condominio Polonia y la Gestapo consultaba a la NKVD. La santa alianza estalinista-nazi experimentada contra los judíos y los nacionalistas revoltosos, debió retomarse, a pesar del estado de guerra entre Rusia y Alemania, contra el proletariado de Varsovia, insurreccionado heroicamente contra las carnicerías hitlerianas.

La *Comuna de Varsovia* del agosto de 1944 representó, en la bestial carnicería de pueblos-rebaño que fue la segunda guerra mundial, el único ejemplo de heroísmo colectivo. De hecho no fue el enfrentamiento triturador de monstruos mecánicos arrastrándose detrás de multitudes atontadas y pasivas que caracterizó las batallas de los ejércitos: fue la heroica locura de la lucha de hombres armados de botellas incendiarias y de bombas de mano contra las columnas motorizadas de la Wehrmacht, de una Wehrmacht enfurecida por la victoriosa ofensiva del mariscal Rokossovski, cuyas tropas, avanzando desde junio sobre un frente de 400 kilómetros habían llegado el 28 de julio a las puertas de Varsovia, en el mismo momento que los anglo-americanos alargaban la cabeza apuntando a Normandía. Tanto más infame tenía que ser el comportamiento de los rusos, frente a la insurrección proletaria que

explotó en Varsovia el 1 de agosto, más vergonzoso si cabe que el de los nazis, los cuales pudieron ahogar en la sangre, ¡y cuanta sangre!, la revuelta, sólo por efecto de la decisión de Moscú de bloquear el avance de Rokossovski.

Se repite la acelerada asociación de la época de las entrevistas entre Gestapo y NKVD. La lucha dentro de Varsovia asume aspectos terribles. Revoltosos llevando uniformes de SS tomados en un depósito conquistado asaltan por sorpresa las tropas nazis, capturan medios blindados. Los alemanes usan tanques "Tigre", canonean, incendian barrios enteros quemando vivos a los habitantes, obligan a hombres, mujeres y niños a bajar a los sótanos y allí los exterminan a golpe de granada. Pero pierden los depósitos del correo central, del establecimiento del gas, de la estación de filtraje y de la estación ferroviaria principal. Barrios enteros son liberados por los insurrectos a la cabeza de los cuales combate el proletariado.

Se espera la llegada de los rusos, la reanudación del avance de Rokossovski. Pero inexplicablemente las tropas rusas están quietas. La BBC da noticia en lengua polaca de la insurrección; Radio Moscú calla. La Luftwaffe bombardea y ametralla los barrios ocupados por los insurrectos. Ni un solo avión ruso aparece en el cielo de la ciudad. Está claro que los rusos asumieron la tarea de ayudantes de la carnicería nazi.

Sólo en el cuarto día de la revuelta, el 4 de agosto, el partido comunista da la orden a los propios organizados de participar en la revuelta, poniéndose a las órdenes del general Bor.

El mismo día los nazis desatan una ofensiva, mientras acaece un intercambio provocado de mensajes entre Churchill y Stalin. El premier inglés, deseoso de explotar por los fines de la propia política el alzamiento, invita a Stalin a correr en ayuda de los insurreccionados. Stalin rehúsa secamente, denigrando las capacidades militares de los insurreccionados a los que cree impotentes de enfrentar a las cuatro divisiones acorazadas alemanas, entre las cuales la "Hermann Goering", que defienden Varsovia. El objetivo común de los jefes de gobierno inglés y ruso consiste, repetimos, en neutralizar la insurrección utilizándola para los propios fines imperialistas. Churchill propone a los rusos de tomarla bajo tutela ordenando a Rokossovski de conquistar Varsovia; Stalin, fiel al principio de que el enemigo cesa de serlo sólo si muerto, ordena a Rokossovski acampar, dejando a los nazis la tarea de masacrar a los revoltosos. En boca de Stalin hablaba el Bismark de la época de la Comuna de París.

Encerrada en una trampa gigantesca de cemento y acero, la Comuna de Varsovia no se rinde. Traicionada por aquéllos que creía aliados sabe encontrar en sí misma tanto heroísmo como para superar incluso la desilusión, enemigo más terrible que el mismo miedo físico. Los alemanes

destruyen hombres y casas con feroz sistematicidad: atacan las casas con bombas incendiarias y explosivas, uniendo el bombardeo aéreo con el fuego de artillería. Hecho el desierto, la infantería avanza asando los escombros caídos sobre muertos y heridos con las llamaradas de los lanzallamas. Lanzan contra los establos los "Nebelwefer", bombas de fósforo y explosivo de explosión múltiple. Usan por primera vez a los "Goliaths", pequeños carros armados cargados de explosivo, guiados eléctricamente. Son dispositivos formidables: destruyen cualquier cosa. El 10 de agosto aviones aliados intentan lanzar en paracaídas armas y municiones a los insurreccionados, pero los alemanes abren fuego sobre la zona netamente individuada por los señales luminosos en tierra. Corren ríos de sangre.

El 13 de agosto la agencia rusa "Tass" difunde un comunicado en el que se achaca a los exiliados polacos en Londres la responsabilidad de la revuelta y se desmiente la noticia de una ligazón entre partisanos de Varsovia y tropas rusas. ¿Pero si fuera verdad lo que afirma Moscú, no sería el deber del gobierno ruso, aliado de guerra de Inglaterra y protector de un "Comité de Liberación Nacional" constituido por comunistas polacos, correr en ayuda de la revuelta?

El 17 la Comuna entra en agonía. Los alemanes inician una infernal ofensiva preparándola con cañonazos de obuses de 600 milímetros cuyos proyectiles pesan una tonelada y media. Batidos ferozmente por la artillería terrestre, por los carros armados Tigre, por los Goliaths, por los aviones, los insurreccionados continúan luchando, 70.000 hombres de la Wehrmacht se lanzan contra los barrios defendidos por los comuneros que tienen consigo a sus mujeres, viejos, niños apretados como bestias en los sótanos, atormentados por el hambre y la sed, continuamente amenazados de morir bajo los escombros de edificios despedazados por las bombas. Durante 3 días los insurreccionados logran desatar un contraataque. La lucha llega a los límites de la locura. Los insurreccionados obligados a retirarse se refugian en las cloacas, en los pasajes subterráneos de la ciudad. Los alemanes lanzan en los túneles granadas y bombas de gas, fusilan en el mismo lugar a los prisioneros. Hasta el último momento los insurrectos esperaban la llegada de las tropas rusas. ¡En vano! Llegarán tres meses después de la masacre...

El 29 de septiembre los alemanes desatan el ataque general contra la revuelta. El 3 de octubre, después de 63 días de épicos combates, los últimos defensores de la Comuna se rinden a los alemanes, los cuales en reconocimiento al heroico comportamiento se empeñan en aplicarles la Convención de Ginebra, y tratar a los insurreccionados como prisioneros de guerra. El mismo verdugo está asfixiado de sangre. 15.000 muertos yacen en los barrios destruidos.

Aparentemente el rechazo del gobierno de Moscú de llevar ayuda a

los insurreccionados puede atribuirse al interés nacionalista de desembarazarse de fuerzas políticas que tenían como jefe al gobierno polaco en el exilio constituido por los prófugos polacos en Londres, notoriamente ligados al imperialismo británico. La llamada guerra fría que explotó entre los vencedores del conflicto, y todavía antes, los violentos contrastes que explotaron en Polonia entre los estalinistas y los partidos filo-occidentales, parecerían corroborar la hipótesis. Pero el hecho mismo de que la ocupación militar rusa de Polonia garantizaba el control político de los estalinistas, como la sucesiva evolución histórica debía confirmar, está ahí para demostrar que Moscú, dejando tirados a los insurreccionados, contaba con otro objetivo. El gobierno de Stalin se prefijaba salvar ante el proletariado internacional su falso prestigio de agente revolucionario. La Comuna de Varsovia, querida y defendida por el proletariado revolucionario, tenía que morir. Evitando ensuciarse las manos, el gobierno ruso pasaba la infame tarea al ejército nazi.

El fin glorioso de la Comuna de Varsovia, es una prueba sangrienta del jesuitismo político del gobierno de Moscú, una acusación probada de la tarea contrarrevolucionaria del estalinismo internacional. Ésta está para demostrar que donde sea que el proletariado declarará y combatirá en el futuro la guerra civil revolucionaria contra el capitalismo, se encontrará a las espaldas, como en Varsovia en el verano de 1944, o de frente, como en Berlín en el verano de 1953, a los gendarmes estalinistas de la contrarrevolución. Pero el saldo de cuentas llegará. Entonces el estalinismo deberá pagar también los quince mil caídos de la Comuna de Varsovia.

EL CADÁVER TODAVÍA CAMINA

[De «*Sul Filo del Tempo*», Mayo de 1953]

No es por sacrificar la actualidad del innoble Mayo que transcurre, y toma un lugar digno entre varios de sus predecesores consagrados a los transcurros de la «**dura amazona**» Libertad, reducida ya a vieja trotona, por lo que nos ocuparemos una vez más del tema: proletariado y electoralismo.

En efecto, sin dar importancia alguna al pronóstico o a los sondeos estadísticos de los resultados, aquí desde hace más de treinta años rechazamos también esta última afirmada utilidad del índice cuantitativo de las fuerzas sociales, y por tanto sin intentar el frío bosquejo o admirar la pálida fotografía en números actuales, y del país italiano, enlazaremos en breves trazos las posiciones de un período histórico cuyas inmensas lecciones son inutilizadas en gran parte por el estado para observar a las masas que acuden –aunque con visibles y amplios reflujos de desconfianza y disgusto– a las urnas.

En 1892 en el Congreso de Génova se constituyó el Partido Socialista Italiano con la separación de los marxistas de los anarquistas. La polémica y la escisión reflejan de lejos la que puso fin a la Primera Internacional entre Marx y Bakunin, y como se dijo, entre autoritarios y libertarios. En un primer plano la cuestión se ve así: los marxistas están, en aquella época, por la participación en las elecciones de los organismos públicos administrativos y políticos, los libertarios están en contra. Pero el verdadero fondo de la cuestión es otro (ver los escritos de la época de Marx y de Engels sobre España, etc.). Se trata de rebatir la concepción revolucionaria individualista para la cual no se debe votar con el fin de «**no reconocer**» con ese acto al Estado de los burgueses, con la concepción histórica y dialéctica de que el Estado de clase es un hecho real y no un dogma que baste con cancelar, más o menos ociosamente, por la propia «**conciencia**», siendo históricamente destruido sólo por la revolución. Es éste por excelencia un hecho de fuerza (decía Engels ¿existe algo más autoritario que la revolución?) y no de persuasión (y aún menos de recuento de opiniones), de autoridad y no de libertad, que no será tan ingenua como para lanzar al vuelo a los individuos autónomos como a una jaula de pichones, sino que construirá la potencia y la fuerza de un nuevo Estado.

De manera que, en esta contienda entre aquellos que querían entrar en los parlamentos y aquellos que querían quedarse fuera (pero como corolario de errores mucho más graves incitando a los proletarios a negar el Estado de clase, el partido político de clase, y finalmente la organización sindical), eran los socialistas marxistas y no los anarquistas

antielectoralistas y antiorganizadores los que negaban la burla burguesa de la libertad, base del engaño de la democracia electiva.

La recta posición programática era la de reivindicar no tanto la «**conquista**» formal «**de los poderes públicos**», sino la futura «**conquista revolucionaria del poder político**», y vanamente el ala derecha posibilista y reformista trató de encubrir la fórmula lanzada por Marx desde 1848: ¡Dictadura de la clase obrera!

La burguesía europea ampliamente avanzada en el campo de las reformas sociales y de seductoras invitaciones de colaboración a los dirigentes sindicales y parlamentarios de los obreros, entra en el circuito explosivo del imperialismo, y en 1914 estalla la primera guerra mundial. Una ola de extravío asalta a los socialistas y a los trabajadores, que incluso habían proclamado en la vigilia, en Stuttgart y Basilea, que se habría contrapuesto a la guerra la revolución social. Los traidores comienzan a medir la catastrófica situación que arrolla decenios de rosadas ilusiones, no con el metro del marxismo proletario, sino con el de la libertad burguesa, cuyos clamores más altos se elevan cada vez que la causa y la fuerza de nuestra revolución se arrodilla.

La existencia de Parlamentos y del derecho al voto es invocada como patrimonio asegurado al proletariado que debe defenderlo permitiendo que le encuadren y le armen en el ejército nacional: y así los trabajadores alemanes estarán persuadidos para hacerse matar para acabar con el peligro zarista, y los occidentales contra el espectro kaiserista.

El Partido Socialista Italiano tuvo la ventaja de un lapso de tiempo para decidir antes de acceder a la unión nacional: rechazó decididamente cuando el Estado italiano habría debido seguir a los alemanes en alianza política, refugiándose en la fórmula de la neutralidad (insuficiente, como declaró el ala revolucionaria aún antes del mayo relampagueante de 1915) y supo luego resistir a la oposición cuando la burguesía bajó «**al campo de la libertad**» atacando a Austria.

En 1919 la guerra había acabado, con la victoria nacional y con la liberación de las ciudades «**irredentas**», pero después de un inmenso sacrificio de sangre y con el arrastramiento inevitable de convulsiones económicas y sociales: inflación, crisis de producción, crisis de la industria de guerra. Dos potentes resultados históricos son adquiridos y evidentes ante las masas y su partido. En el campo interno se ha visto la antítesis

existente entre los postulados de democracia y nación, identificados con la guerra y con la masacre, y los postulados de clase y socialistas: los intervencionistas de todos los colores, desde los nacionalistas (luego fascistas) a los demomasones y republicanos, hayan o no hayan hecho la guerra, ansiosos de envolverse en la orgía de la victoria, enseguida enfriada por los azotes de los aliados imperialistas, son odiados justamente y escarnecidos por los trabajadores que los echan fuera de las plazas a las que van decididos a la lucha. En el campo internacional la revolución bolchevique ha dado de hecho el polo opuesto a la teoría de la revolución demoburguesa y anarquista: entre tanto se puede llegar a la victoria, en cuanto nos liberemos radicalmente de errores, ilusiones y escrúpulos de democracia y libertad.

Y entonces se abre la incertidumbre ante el gran partido batido por los intervencionistas en mayo de 1915. Por la vía democrática es fácil obtener una poderosa revancha numérica. Mucho más dura es otra vía que se afronta fundando un partido revolucionario, eliminando a los socialdemócratas a la Turati, Modigliani y Treves, aunque salvados de la deshonra del socialpatriotismo, organizando la toma insurreccional del poder, que entre tanto se considera posible en toda Centroeuropa, en los territorios de los imperios derrotados.

En la situación de 1892 no existía antítesis entre la vía revolucionaria y la de la actividad electoral, no teniendo la primera otro lugar histórico más que el claro programa de partido, no la maniobra de acción.

Un grupo avanzado de los socialistas italianos en el Congreso de Bolonia sostuvo que en 1919 la antítesis estaba abierta. Tomar el camino de las elecciones equivalía a cerrar el camino a la revolución. La perplejidad de la burguesía era evidente, pues no quería, en su mayoría de entonces, prevenir la guerra civil con iniciativas de fuerza, y con Giolitti y Nitti invitaba a los obreros a entrar en las indefensas fábricas y a las 150 señorías del PSI a volcarse en Montecitorio (Parlamento italiano): ¡Aunque se cantase en ambos recintos Bandiera Rossa!

No fue posible frenar el entusiasmo por la campaña electoral, y hacer valer la previsión, históricamente confirmada, de que su efecto, sobre todo en cuanto afortunada, habría hecho perder todo lo ganado con la vigorosa campaña de desvergüenza de la «**guerra democrática**», con el entusiasmo con el que los trabajadores italianos, fuertemente alineados y solos en el frente de clase, habían acogido la toma del poder por los Soviets rusos y la dispersión de la Asamblea democrática nacida muerta.

Mussolini, que nos había traicionado en 1914, pasándose al frente opuesto con los autores de la intervención democrática e irredentista, autor –¡Ojalá lo hubiese hecho antes! – de una iniciativa de fuerza de la

burguesía nacional para sofocar a los órganos proletarios –fue ridiculizado en las elecciones, y la borrachera siguió su irresistible curso.

En 1920, echándose las bases del partido comunista en Italia dividido por los socialdemócratas, la Internacional de Moscú consideró que aquella antítesis entre elecciones e insurrección no existió, en el sentido de que los partidos comunistas sólidamente estables, más allá de la línea de división entre las dos Internacionales, pudiesen considerar aún útil el empleo de la acción en el Parlamento, para hacer saltar por los aires el Parlamento mismo, y por tal vía enterrar el parlamentarismo. La cuestión planteada demasiado genéricamente era difícil, y todos los comunistas italianos se sometieron a la decisión del II Congreso de Moscú (junio de 1920) estando clara la solución: en principio, todos contra el parlamentarismo; en táctica, no es necesario establecer ni la participación siempre y en todas partes, ni el boicot siempre y en todas partes.

Los pareceres de la mayoría significan muy poco ante los testimonios de la historia. Una tal decisión, y su aceptación general en Italia, no quitan nada a la recordada antítesis de 1919: elecciones con un partido híbrido de revolucionarios como mucho en lenta vía de orientación y de socialdemócratas bien decididos –o la ruptura del partido (octubre de 1919, era el momento; en enero de 1921 fue tarde) y preparación para la conquista del poder revolucionario.

Es indiscutible que Lenin hizo poco bien parangonando la posición de los socialistas antibélicos en Italia, en la posguerra de un Estado desde hacía tiempo democrático, y victorioso, con la de los bolcheviques en Rusia en las Dumas zaristas durante las guerras perdidas. Pero no menos indiscutible es que Lenin vio a tiempo la antítesis histórica planteada por nosotros y confirmada en el futuro.

En el famoso libro sobre **«El Extremismo Enfermedad Infantil del Comunismo»** –en el que la tendencia de la izquierda no es despreciada como pueril, sino considerada como elemento de crecimiento del comunismo, contra el derechismo y el centrismo, elementos de senilidad y descomposición, que contra la desesperada lucha de Lenin y después de haberle roto el cerebro triunfaron– en aquel texto tan explotado por los maniáticos del método electoral, Lenin se expresaba así sobre la lucha en el partido italiano; son los únicos pasajes:

Nota del 27 de abril de 1920: **«He tenido muy pocas posibilidades de conocer el comunismo “de izquierda” en Italia. Indudablemente la fracción “de los comunistas boicoteadores” (“comunistas abstencionistas” –en italiano en el texto) están equivocados, al propugnar la no participación en el parlamento, pero me parece que en un punto tienen razón, por lo que se puede juzgar de dos números del periódico “Il Soviet” (números 3 y 4 del 19 de enero y 1 de febrero de 1920) ... Es decir, en sus**

ataques a Turati y a los que piensan como él, quienes permanecen en un partido que ha reconocido el poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, y siguen siendo miembros del Parlamento y prosiguen su vieja y dañosísima política oportunista. Tolerando esto, el compañero Serrati y todo el Partido Socialista Italiano cometen un error, que amenaza con el mismo peligro y grave daño que en Hungría, donde los señores Turatis húngaros sabotearon desde su seno el Partido y el poder soviético. Esta falsa actitud, inconsecuente y falta de carácter hacia los diputados oportunistas, produce por una parte el comunismo "de izquierda", y por otra justifica hasta un cierto punto su existencia. Serrati se ha equivocado cuando acusa a Turati de "incoherencia", mientras que incoherente es precisamente el Partido Socialista Italiano, que tolera a parlamentarios oportunistas como Turati y compañía».

A continuación está el «**Apéndice**», con fecha 12 de mayo de 1920. «**los números anteriormente citados del periódico italiano "Il Soviet" confirman plenamente lo que he dicho en este opúsculo sobre el Partido Socialista Italiano**». A continuación sigue la cita de una entrevista de Turati al «**Manchester Guardian**», que evoca disciplina en el trabajo, orden y prosperidad para Italia. «**Seguro, el corresponsal del periódico inglés ha confirmado en el mejor modo, que los compañeros del periódico "Il Soviet" tienen razón exigiendo que el Partido Socialista Italiano, si quiere estar realmente por la Tercera Internacional, expulse de sus filas cubriéndoles de vergüenza, a los señores Turati y consortes y se convierta en un partido comunista, tanto por su nombre como por sus acciones**».

Está claro pues que el problema principal es la eliminación de los socialpacifistas del partido del proletariado; cuestión secundaria es la de si éste deba o no participar en las elecciones, tanto en el pensamiento de entonces de Lenin como en los sucesivos debates y tesis sobre el parlamentarismo del II Congreso, de poco después.

Pero para nosotros hoy está también claro lo que defendimos entonces: que la única vía para conseguir el traspaso de las fuerzas al terreno revolucionario pasaba por un enorme esfuerzo para liquidar, nada más acabar la guerra, la tremenda sugestión democrática y electoralista, que demasiadas saturnales había celebrado ya.

La táctica deseada por Moscú fue seguida por el partido de Livorno, disciplinada e incluso comprometidamente. Pero desgraciadamente, la subordinación de la revolución a las corruptoras instancias de la democracia estaba ya en curso internacional y localmente, y el punto de encuentro leninista de los dos problemas, además de su peso relativo, se

revelaron insostenibles. El parlamentarismo es como un engranaje que sí se agarra por una extremidad tritura inexorablemente. Su empleo en épocas «**reaccionarias**» defendido por Lenin era proponible; en épocas de posible ataque revolucionario es una maniobra en la que la contrarrevolución burguesa gana demasiado fácilmente la partida. En diversas situaciones y bajo mil épocas, la historia ha demostrado que no puede encontrarse mejor engaño y desviación contra la revolución que el electoralismo.

Desde la concesión a la táctica parlamentaria, con aplicación totalmente destructiva se deslizó poco a poco a posiciones que recordaban a las de los socialdemócratas. A estos, se les propusieron alianzas donde podían conducir a una mayoría de escaños, y ya que no tenía sentido valerse de este peso numérico sólo para realizar una oposición platónica y hacer caer a ministros, surgió la otra mal augurada fórmula del «**gobierno obrero**».

Estaba claro que se volvía hacia la concepción del Parlamento como vía para establecer el poder político de la clase obrera. Los hechos probaron que en la medida en que esta ilusión histórica resurgía, se volvía a descender de todas las posiciones antes conquistadas. De la destrucción del Parlamento con todos los otros engranajes del Estado por medio de la Insurrección, se había pasado a la utilización del Parlamento para acelerar la insurrección. Se recaía en la utilización del Parlamento como medio para llegar con la mayoría al poder de clase. El cuarto paso como estaba establecido claramente en las tesis que la Izquierda presentó en Moscú en 1920, 1922, 1924, 1926, fue el de pasar del parlamento como *medio* al parlamento como *fin*. Todas las mayorías parlamentarias tienen razón y son sagradas e inamovibles, aunque estén en contra del proletariado.

Turati mismo no lo hubiera dicho nunca; pero lo dicen a cada hora los «**comunistas**» actuales y lo inculcan muy profundamente entre las masas que les siguen.

Si recordamos estas etapas una vez más, es para establecer el estrecho lazo entre cada afirmación del electoralismo, parlamentarismo, democracia y libertad como una derrota, un paso atrás del potencial revolucionario de clase.

El retroceso tuvo su complemento sin necesidad de velos, cuando en situaciones de asalto mortal el poder del capital tomó la iniciativa de guerra civil contra los organismos proletarios. La situación se había invertido en gran parte por el trabajo de la burguesía liberal y de los socialistas democráticos y de la misma derecha unida en nuestras filas,

como Lenin decía para Hungría. En Alemania fueron los partidos esbirros los carniceros de los comunistas revolucionarios, en Italia no sólo favorecieron las falsas retiradas de Nitti y Giolitti, sino que dieron paso a la preparación de las abiertas fuerzas fascistas, usando para tal efecto magistraturas, policía, ejército (Bonomi) para contraatacar cada vez que las fuerzas ilegales comunistas (solas y en pleno pacto de pacificación firmado por aquellos partidos) conseguían éxitos tácticos (Empoli, Prato, Sarzana, Foiano, Bari, Ancona, Parma, Trieste, etc.). Que en estos casos los fascistas, al no poder hacerlo solos, masacraron a los trabajadores y a nuestros compañeros con la ayuda de la fuerza del Estado constitucional y parlamentario, y que se quemasen periódicos y sedes rojas, no constituyó el máximo escándalo: este estalló cuando la tomaron con el parlamento y asesinaron, ahora ya «**post festum**», al diputado Mateotti.

El ciclo había concluido. Mas no el parlamento por la causa del proletariado, sino el proletariado para la causa del parlamento.

Se invocó y proclamó el frente general de todos los partidos no fascistas por encima de las diversas ideologías y de las diversas bases de clase, con el único objetivo de unir todas las fuerzas para derrocar al fascismo, hacer resurgir la democracia, y *volver a abrir el parlamento*.

Otras veces hemos reexpuesto ya las etapas históricas: el Aventino, en el que participó la dirección de 1924 de nuestro partido, pero del que debió retirarse por la voluntad del partido mismo que sólo por disciplina había soportado las directrices que prevalecieron en Moscú, pero todavía conservaba intacto su precioso horror, nacido de miles de luchas, a toda alianza interclasista; luego la larga pausa y la ulterior marcha a la emigración, hasta la política de liberación nacional y la guerra partisana como hemos explicado otras veces, el uso de medios armados e insurreccionales nada quitaba el carácter de oportunismo y traición de una política tal. No seguiremos aquí toda la narración.

Desde antes del fascismo italiano y de la otra guerra teníamos bastantes argumentos para defender que en el occidente de Europa, jamás el partido proletario debía acceder a acciones políticas paralelas con la burguesía «**de izquierda**» o popular, de las que desde entonces se han visto las más impensadas ediciones: masones anticlericales primero, luego católicos democristianos y frailes de convento, republicanos y monárquicos, proteccionistas y librecambistas, centralistas y federalistas, etc.

En contra de nuestro método que considera todo movimiento «**a la derecha**» de la burguesía, en el sentido de arrancarles la máscara de las ostentadas garantías y concesiones, como una previsión verificada, una

«**victoria teórica**» (Marx y Engels) y por lo tanto una ocasión revolucionaria útil, que un partido rectamente preparado debe acoger no con luto sino con alegría; está el método opuesto para el que en cada una de aquellas curvas se desmoviliza el frente de clase y se corre para salvar, como precioso tesoro, todo lo que ha desmantelado y desdeñado la burguesía: democracia, libertad, constitución y parlamento.

Dejemos pues la polémica doctrinal, proponible sólo en las confrontaciones con los antimarxistas declarados, y veamos donde ha conducido aquel método rechazado por nosotros, ya que al mismo con el concurso de tantas fuerzas y de tantos cómplices, el proletariado, europeo e italiano, ha sido atado y clavado.

Resistencias nacionales, guerra de los Estados orientales y occidentales en el frente democrático, frenazo a los alemanes en Stalingrado, desembarco en Francia, caída de Mussolini y colgamiento por los pies, caída de Hitler. El correo de la democracia, al que los proletarios nada han negado: ¡sangre y carne, trama de clase de su atormentado movimiento de hace un siglo, está a salvo! Gracias sobre todo a los ejércitos de América, ella está a salvo para siempre: ¡Libertad, Democracia y constitución electiva!

Todo ha sido arriesgado y dado por ti, Parlamento, templo de la civilización moderna, y, cerrados los umbrales del templo de Jano, tenemos la alegría de volver a abrir los tuyos!

Un poco anhelante la humana civilización vuelve a tomar su camino generoso y tolerante, se compromete a ahorcar a la gente sólo por el cuello, vuelve a consagrar la persona humana que por necesidad había sido material idóneo para hacer tortillas con las bombas liberadoras: si históricamente todos estos apologetas tenían razón, el peligro de la Dictadura ha terminado, y desde hoy hasta el fin de los siglos no veremos algo tan terrible como para pensar en estar sin diputados y de prescindir de las cámaras parlamentarias. De Yalta a Potsdam, de Washington a Moscú, de Londres a Berlín y a Roma todo esto sucedía en mayo – ¡siempre en mayo! – de 1945, totalmente solar y seguro.

¡Oigamos pues lo que dicen los mismos sujetos, y los transmisores de los mismos centros, en este mayo de 1953, no tan lejano pues, pero «**quantum mutatus ab illo!**». Todo estaba a salvo entonces, con el acuerdo de todos. Ahora al oír a cada uno de ellos todo puede perderse aún, todo debe empezarse de nuevo.

¡Admitamos pues al menos, que en 1922–45 nos han arrastrado en un método idiota y hediente!

Limitamos la demostración a las formaciones electorales italianas,

previa aplicación de la máscara antigás.

Sustancialmente hay tres grupos en lucha, si dejamos aparte la tímida reaparición de los fascistas, que tenían todo el derecho a ser valorados, un hecho histórico cualificado como cualquier otro pero que con la papeleta en la mano en lugar del garrote representan la puerca figura de ser los más democráticos. Y efectivamente el democrático con más carácter en cada época es el que recita la parte de la víctima de las persecuciones de estado y las represalias de la policía. Libre apología del garrote, obteniéndose, ¡ahí va! con papelucho de voto.

Son pues tres los grupos en los que se ha roto el frente antifascista y el bloque de liberación nacional –primer gobierno tras la caída de Mussolini. Tres grupos que se hermanaron en la recíproca certeza –y se dieron aval recíproco de que eran semejantes en la guerra santa, en la cruzada mundial contra las dictaduras. Ahora bien, escuchemos el juego de palabras de los portavoces y de los periódicos, aunque sea en tres o cuatro choques, porque no se consigue resistir más. Cada uno de los tres sectores pide votos con un único argumento; los otros dos personalizan el «**peligro de dictadura**».

Según la parte monárquica, que rechaza la definición de derechas, y se afirma democrática y constitucional sobre las tradiciones gloriosas de la época giolittiana que no duda en hacer chistes anti–vaticano, está claro que los comunistas dirigirán el país, si vencen, con la dictadura roja y por tanto mandarán al parlamento a freír espárragos. Pero no menos virulentos son cuando tildan de engañosa, policiaca y reaccionaria, a la democracia cristiana que, con sus aliados menores dirige Italia de nuevo bajo el despotismo de clérigos con gorro frigio. Por lo tanto, también aquellos ven en De Gasperi una amenaza al parlamento, que será sustituido por el concilio de los obispos, sustituyendo las elecciones por la comunión en la plaza.

Según la izquierda comunista, no es necesario explicarlo, no sólo los monárquicos preparan, ni más ni menos que un nuevo fascismo y absolutismo, sino que el centro democristiano es un agente de la dictadura de América y al estar lleno de maldad es peor que la milicia de Benito. Lo que, en cuanto es verdad, ha sido posible sólo por gracia de la política de bloque antifascista y de liberación nacional que ha hecho acoger «**military police**» y policías nacionales con los brazos abiertos, y con el inmediato desarme sobre la orden de los «**generales**» de pasillo de las «**brigadas**» obreras, apenas expulsados los fascistas y los *militi republichini*.

Los democristianos y aliados, bombardeadísimos por las dos partes como personalizadores seguros del totalitarismo de mañana y del nuevo veintenio, y sobre todo envueltos en la acusación de traidores de la democracia con la enorme crueldad de la campaña sobre la ley fraude, se

dicen nada menos que los salvadores de la amenazada Italia, libre de dos adversarios, y convergentes con el rechinar de dientes, ferocísimos totalitarismos: el neofascista por un lado, el comunista por otro, pintado con los trazos del pasado hitlerismo y mussolinismo, éste con las connotaciones actuales de sovietismo de la Rusia ultraestatal y ultradespótica.

Así se ha desarrollado el ciclo. Punto de partida: leal alianza entre tres grupos igualmente fervientes amigos de la libertad para anular la Dictadura y la posibilidad de toda Dictadura. Muerte de la Dictadura Negra.

Punto de llegada: elección entre tres vías, cada una de las cuales conduce a una nueva dictadura más feroz que las otras. El elector que vota no hace más que elegir entre la Dictadura roja, la blanca y la azul.

Dos métodos se declaran aquí históricamente en bancarrota, bajo todos los puntos de vista, pero sobre todo bajo el de la clase proletaria que es el que nos interesa a nosotros. El primer método es el del empleo de los medios legales, de la constitución y del parlamentarismo con un amplio bloque político con el fin de evitar la Dictadura. El segundo es el de conducir la misma cruzada y formar el mismo bloque sobre el terreno de la lucha con las armas, cuando la dictadura está gobernando, con el solo fin democrático.

Los problemas históricos de hoy los resuelve no la legalidad sino la fuerza. No se vence la fuerza más que con mayor fuerza. No se destruye la dictadura más que con una dictadura más sólida.

Es decir muy poco, que esta puerca institución del parlamento no nos sirve a nosotros. Ya no le sirve a nadie.

Todas las alternativas alabadas y hechas por los tres frentes para asustar no tienen consistencia. Donde una de las fuerzas componentes prevaleciese, se escindiría enseguida y una gran parte de sus efectivos elegidos, pasaría al centro burgués atlántico y americano. Los monárquicos no son ningún misterio. Los llamados comunistas lo dicen menos abiertamente, pero sería la desembocadura inevitable de su eventual logro de mayoría que aparece imposible.

Poco cambiarán los efectivos de aquellos que se aferran «**a otro banquete de cinco años**» del que a los electores no les faltarán migajas.

Cuando la crisis Matteotti dijimos que se trataba de un movimiento sindical–corporativo de los diputados de profesión, que veían en peligro privilegios y prebendas y recurrían a la huelga.

Lo mismo decimos de la «**histórica batalla**» contra la «**ley-**

fraude». La elección no sólo es de por sí un fraude, sino que lo es tanto más cuanto más pretende dar paridad en peso a cada voto personal. Todo el guiso lo hacen en Italia unos pocos miles de cocineros, subcocineros y pinches, que aborregan en lotes y «**a medida**» a los veinte millones de electores.

¡Si el Parlamento sirviese para administrar técnicamente alguna cosa y no sólo para atontar a los ciudadanos, sobre cinco años de máxima vida no le dedicaría uno a las elecciones y otro a discutir la ley para su constitución! ¡Hechas las cuentas de las horas de vocinglería, se dedican más de dos quintos! ¡Esta sociedad desinflada no es más que un fin en sí misma, y los pueblos que se han hecho matar para volver a ponerla en pie, han sido estafados en más del veinte por ciento de su parcelita de soberanía! Ahora ya muchos votan en el otro mundo.

Si los parlamentarios de todas las fracciones burguesas se ríen del principio democrático, no se ríen menos los falsos comunistas. Esto, no porque retornen mínimamente a posiciones de clase y de dictadura después de la bancarrota y del blocardismo por libertad. Y efectivamente ellos recalcan el mismo camino, disimulando toda connotación de partido, y vuelven a edificar un bloque del sano pueblo italiano, de los iluminados y de los honestos, no sólo con la disminuida alternativa Nemi, que en el fondo promete lo que nosotros habíamos dicho: dadnos acceso al parlamento y gobernaremos con vosotros y como vosotros; pero suscitan todo un alineamiento de flanqueadores sosos, a los que la inexorable decrepitud y arterioesclerosis les ha impedido asociar los nombres más burgueses de la política: Bonomi, Croce, Orlando, Nitti, De Nicola, Labriola y similares...

Y están tan alineados pensando lejanamente en remontar el bajón, que no sólo son los más ardientes invocando legalidad y constitucionalidad, cuando reivindicán contra De Gasperi al que consideran «**austriaco**» (la burguesía austriaca puede enseñar como se administra sin robar, a la italiana), la tradición de mayo de 1915, de la guerra por la democracia y Trieste, sino que se desgañitan para definirse más nacionalistas y patrioteros que nadie.

No es sólo el coherente y respetable Turati el que podría volver con la cabeza alta, sino también el Mussolini de 1914, maestros de aquellos por haber sabido traicionar al proletariado con la democracia, y la democracia por la dictadura.

El enviado de un periódico londinense ha descrito una escena, a la que jura haber asistido con sus mortales ojos, muy sano de mente y libre de humos de drogas, en un valle del misterioso Tíbet.

En las noches de luna el rito reúne a personas, quizá millares, y los monjes vestidos de blanco, que se mueven lentamente, impasibles, rígidos entre largos llantos, pausas y reiteradas peticiones. Cuando forman un amplísimo círculo se ve algo en el centro: es el cuerpo de uno de sus compadres tendido boca arriba en el suelo. No está encantado o desmayado, está muerto; no sólo por la absoluta inmovilidad que la luz solar revela, sino porque el hedor a carne descompuesta, con un cambio de la dirección del viento llega hasta la nariz del aterrorizado europeo.

Después de dar vueltas y cantar ampliamente, y después de otras peticiones incomprensibles, uno de los sacerdotes abandona el círculo y se acerca a los restos mortales. Mientras continúa el canto incesante él se echa sobre el muerto, se tiende sobre él adhiriéndose a todo su cuerpo, y pone su boca viva sobre aquella que está en descomposición.

La petición continúa, intensa y vibrante y el sacerdote levanta el cadáver bajo las axilas, lo vuelve a levantar y lo mantiene ante sí en posición vertical. No cesa el rito y el llanto; los dos cuerpos comienzan una larga vuelta, como un lento paso de danza, y el vivo mira al muerto y le hace caminar frente a sí. El espectador extranjero mira con pupilas desmesuradamente abiertas; es el gran experimento de revivificación de la oculta doctrina asiática el que se pone en práctica. Los dos caminan continuamente en el círculo de los orantes. En un lapso de tiempo no hay ninguna duda: en una de las curvas que describe la pareja, el rayo de la luna ha pasado entre los cuerpos que deambulan: el del vivo ha relajado los brazos y el otro, por sí sólo, se sostiene y se mueve. Bajo la fuerza del magnetismo colectivo, la fuerza vital de la boca sana ha penetrado en el cuerpo descompuesto, y el rito llega a su momento culminante: por momentos o durante horas el cadáver, rito puesto en pie, por su fuerza camina.

Así de siniestramente, una vez más, la joven y generosa boca del proletariado potente y vital, se ha aplicado contra la putrefacta y maloliente del capitalismo, y le ha vuelto a dar con el estrecho e inhumano abrazo otro sople de vida.